

AKAL

3.^a EDICIÓN

HISTORIA DE FRANCIA



Roger Price



EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

La guerra había terminado. La victoria parecía representar el triunfo de las instituciones republicanas. Al menos en apariencia, Francia era la principal potencia continental europea. Se había reparado la humillación de 1870 y recuperado los territorios perdidos de Alsacia y Lorena. Pero la desilusión campeó de nuevo al adquirirse conciencia de las implicaciones que a largo plazo tenía la participación en un conflicto tan cruel y sangriento. Era, en efecto, una victoria pírrica. Los costes humanos eran escalofriantes. Se había movilizado a casi ocho millones de hombres y las víctimas se elevaban a 1.322.100 (el 16,8 por 100), una proporción que se elevó al 25 por 100 en la infantería e incluso más entre los oficiales subalternos y los suboficiales. Otros muchos (aproximadamente tres millones) habían quedado mutilados o debilitados por la experiencia. Ellos y sus familias nunca olvidarían. Más de un millón cobrarían una pensión por invalidez. El impacto demográfico fue especialmente grave en el caso de Francia, que había movilizado a 168 de cada 1.000 habitantes y perdido a 134 de estos hombres. Gran Bretaña, en cambio, había movilizado a 125 y perdido a 16, y Alemania había movilizado a 154 y perdido a 30. En un país que ya estaba viviendo el estancamiento demográfico, la pérdida de tantos jóvenes (el 27 por 100 del grupo de los que contaban entre dieciocho y veintisiete años) y el declive resultante en el número de matrimonios y nacimientos tuvieron un efecto evidente en la década de los treinta, al disminuir la mano de obra disponible y el número de varones en edad de reclutamiento.

La guerra también afectó a largo plazo a la economía de forma significativa. A pesar de los progresos de comienzos de siglo, Francia había ido a la guerra en una situación de relativo atraso en comparación con Gran Bretaña y Alemania. Aunque el balance económico no era totalmente negativo, en el sentido de que se había producido un eficaz movimiento de inversiones, se seguía estando en números rojos. En 1919 los niveles de producción agrícola e industrial eran un 45 por 100 más bajos que los de 1913. Se habían destruido los recursos o se habían desviado hacia usos militares. Las luchas habían devastado amplias áreas de la tierra de cultivo más productiva, el ganado había desaparecido y las ciudades y villas estaban en ruinas. En la zona de ocupación alemana, la sobreexplotación y la destrucción sistemáticas habían reducido drásticamente la capacidad productiva de las minas y factorías y la capacidad de



Lámina 38. El coste de la reconstrucción: las ruinas de Montdidier (Somme), junio de 1919. Foto: Collection Albert Kahn.

transporte de la red ferroviaria. La desorganización y el duro trato dispensado a la población de las áreas ocupadas, que se vio privada del adecuado suministro de alimentos y combustible y sometida a trabajos forzados, sería una de las principales causas del éxodo masivo de los refugiados del norte en 1940. Querían evitar a toda costa una repetición de la experiencia del dominio alemán.

La desmovilización de las enormes fuerzas militares, la disposición de un excedente de armamentos, la reasignación de recursos y la reconstrucción costaron tiempo y dinero. Aun así, el proceso se llevó a cabo con sorprendente rapidez. La guerra había alentado a muchas empresas de gran tamaño a modernizar su equipamiento y a hacer un uso más eficiente de la mano de obra. La producción industrial alcanzó los niveles de preguerra hacia 1924, y hacia 1929 superaba en un 40 por 100 el nivel de 1913. Intervinieron conjuntamente varios factores: el estímulo de la reconstrucción, la liberación de la demanda reprimida de los consumidores y el aumento de las exportaciones, gracias a la depreciación del franco en los mercados internacionales de divisas. Empezó a parecer que la guerra había sido tan sólo un breve paréntesis en el proceso de crecimiento económico a largo pla-

zo. De hecho, los datos sugieren que los años de la guerra y la década de los veinte fueron en muchos aspectos una continuación del periodo de dinamismo que había comenzado en la última década del siglo pasado. Sin embargo, el proceso de crecimiento y concentración de la producción sería insuficiente para eliminar los mayores problemas estructurales de la economía francesa. Estos derivaban de la combinación del estancamiento demográfico y de la demanda, la pervivencia de un sector agrícola muy grande e ineficaz, y de numerosas pequeñas o medianas empresas mal equipadas desde el punto de vista industrial y comercial. La existencia de compañías modernas y a gran escala en sectores como la industria química, la ingeniería eléctrica o la industria del motor, que habían podido invertir los enormes beneficios obtenidos durante el conflicto, contrastaba abiertamente con la cauta reticencia a invertir de muchos empresarios. Como consecuencia, la maquinaria industrial de la década de los treinta tenía, por término medio, unos veinte años, en comparación con los siete de la alemana. El coste de la producción continuó siendo relativamente alto y los empresarios (*patronats*) siguieron obsesionados por la necesidad de protegerse contra los competidores extranjeros. Los inversores potenciales solían preferir la relativa seguridad de los préstamos del gobierno. No obstante, los esfuerzos desiguales por incrementar la productividad se acentuaron por la relativa prosperidad de los años veinte y por la depresión de la década siguiente, en la cual se impuso la racionalización. La tabla 5 aporta una idea de la escala del cambio estructural.

Tabla 5. Distribución de la población activa en la industria (porcentajes)

	1913	1938	Variación
Energía	4,0	6,2	+2,2
Construcción y material de construcción	18,6	16,9	-1,7
Industria metalúrgica e ingeniería	14,7	22,6	+7,9
Industrias químicas	1,6	3,9	+2,3
Textiles	42,4	29,7	-12,7
Industria agrícola y alimentaria	7,8	9,6	+1,8

Fuente: J.-C. Asselain, *Histoire économique de la France du XVIII^e siècle à nos jours*, vol. II: *Le blocage de la croissance pendant l'entre-deux-guerres*, Éditions du Seuil (1984), p. 74.

Tabla 6. Estructura de la población activa (porcentaje)

	1913	1938
Agricultura	37,4	31,4
Industria	33,8	32,3
Servicios	28,8	36,3

La tabla 6 muestra el continuo abandono de la agricultura, la decadencia de la producción artesanal y el desplazamiento de la industria a favor de los servicios, tan característico de una economía en vías de modernización. A su vez, estos muestran el crecimiento de la burocracia «moderna», del sector bancario y financiero y de las cadenas comerciales, así como el florecimiento de las pequeñas tiendas y bares. Otra característica del periodo fue la concentración de buena parte de estas actividades dentro y alrededor de París, una ciudad de «aluvión», frente al subdesarrollo del oeste, del centro y del sudeste.

El estancamiento tecnológico se notó más en la agricultura que en la industria. Los progresos en la mecanización fueron lentos. En 1938 sólo había en uso 35.000 tractores; su precio era elevado y los campesinos, a menudo ligados aún al ideal de la autarquía, desconfiaban de los préstamos. La mayor parte de los pequeños agricultores poseían una renta insuficiente como para poder amortizar sus deudas. Además, eran poco conscientes de las posibilidades que les ofrecía el mercado o de los beneficiosos efectos potenciales de la inversión. La contabilidad era un misterio. Los costes eran altos y las ganancias en la productividad derivaban, sobre todo, de la disminución de la mano de obra excedente mediante la migración. Como era de esperar, los terratenientes conservadores, preocupados por que aumentasen los costes y disminuyese la sumisión de los trabajadores, condenaron sus efectos como moralmente corrosivos. Las cosechas de cereales alcanzaron hacia 1929-1931 los 14,2 quintales por hectárea, poco más que en el periodo anterior a la guerra (de 13,3), y muy por debajo de la media británica y alemana (de 21,9 y 20,5, respectivamente). Aunque la productividad se mostraba muy superior en las grandes explotaciones capitalistas de la cuenca de París y en el norte, la tercera parte de la fuerza de trabajo, ocupada en la agricultura, sólo representaba una cuarta parte del producto nacional. No obstante, durante la década de

los veinte se elevó el precio de los alimentos, lo que creó una sensación de bienestar entre la población rural. El efecto de ampliar horizontes que tuvo la guerra se reforzó por el fácil acceso a las pequeñas ciudades por tren o el transporte a motor, y el comienzo, desde 1928, de la electricidad en el campo. El resultado fue la mejora de la dieta, el cambio en la vestimenta y el declive de las costumbres locales, aunque las viviendas de muchos campesinos seguían siendo miserables.

Pero había que hacer frente a los costes de la guerra, a la deuda contraída, sobre todo, con británicos y estadounidenses. Pero la fuga de oro y divisas durante el conflicto, la venta de activos en ultramar y la importante pérdida de inversiones que supuso la Revolución rusa dificultaron mucho la tarea. La guerra triplicó los precios y, una vez que se suprimió el control de cambios impuesto durante el conflicto, se produjo una masiva depreciación del franco, al tiempo que la población perdía toda esperanza de retorno a la «normalidad». Con tales dificultades no cabe sorprenderse de que los políticos franceses interpretasen el tratado de paz con Alemania no sólo como un instrumento para garantizar la seguridad militar a largo plazo, sino también como un medio para obligar a Alemania a efectuar verdaderas y ajustadas reparaciones financieras en pago de una guerra de la que el mundo entero la consideraba culpable. El lema «Alemania debe pagar» tuvo un apoyo casi unánime. De hecho, el desacuerdo entre los aliados respecto a la suma que Alemania debía pagar creó un importante resentimiento entre las gentes que opinaban que Francia era el país que había hecho mayores sacrificios humanos, y la evidente «mala voluntad» germana al conocer el alcance de las reparaciones suscitó parecida hostilidad. Finalmente, hasta que en 1931 se suspendieron los pagos, Francia recibió la importante suma de 10.000 millones de francos (con el valor de 1913). Para Alemania era una carga muy pesada, pero los franceses la consideraron insuficiente.

Así pues, Francia salió de la guerra victoriosa pero gravemente herida, con la seguridad a largo plazo gravemente debilitada por el desmoronamiento de su anterior aliado ruso, el creciente aislacionismo estadounidense y la renuencia británica a contraer compromisos militares formales, así como la determinación alemana a tomarse la revancha de lo que se percibía como la injusta humillación impuesta por el Tratado de Versalles. Por otro lado, la capacidad del sistema social y político, que había resistido triunfalmente la amenaza militar, se vería sometida a prueba con otra crisis que demostró la desconfianza

abrumadora, la incapacidad de adaptación y el endurecimiento de las relaciones sociales y políticas que había producido la guerra.

Cualesquiera que hubiesen sido los cambios, lo cierto es que la sociedad francesa seguía estando fundamentada en una profunda desigualdad. Los datos sobre transmisión hereditaria sugieren que la mitad de la riqueza transmitida de una a otra generación correspondía a tan sólo el 1 por 100 de los fallecidos. En una sociedad de aproximadamente 14 millones de campesinos, 13 millones de trabajadores y 14 millones pertenecientes a la heterogénea clase media, sólo la gran burguesía —una parte del conjunto de la burguesía— tenía auténtico poder. El acceso a la educación, principal determinante social, dependía de la cuna, la cultura y, en definitiva, de la riqueza. La inmensa mayoría de los niños asistían a la escuela primaria hasta los catorce años de edad; una pequeña minoría recibía instrucción en las clases de primaria adscritas a *lycées* de pago. Las mujeres también seguían discriminadas negativamente. Aunque la Cámara de Diputados acordó, en 1919, el sufragio femenino, la propuesta fue rechazada en el Senado, y luego no fue un tema que los políticos juzgaran de máxima prioridad.

Sólo unos pocos lograban ascender en la escala social a causa de su habilidad, su buena fortuna y su conformismo. El auténtico peligro para el orden establecido procedía, por un lado, del cambio estructural que se estaba produciendo en la economía y, por otro, de las actividades de los «renegados» políticos, los políticos izquierdistas de la clase media y media-baja que, ya fuese por un genuino deseo de lograr una sociedad más igualitaria o por lograr el éxito electoral, estaban dispuestos a emprender reformas capaces de desestabilizar el sistema. Al menos, las elites ya asentadas siempre podían contar con el instinto conservador de muchos de los que se vanagloriaban de tener alguna posesión, por pequeña que fuese, o cualificación profesional, como es el caso de algunos campesinos, tenderos, oficinistas, hombres de negocios o profesionales, o bien de aquellos decididos a «mejorar su situación», directamente o a través de sus hijos, y que emulaban en muchos aspectos a sus «superiores», intentando distinguirse de los desposeídos o de los ignorantes. De este modo, muchos trabajadores especializados y mejor pagados soñaban menos con la revolución que con la promoción social. La prensa de masas y la radio alentaban estas ideas al difundir una ideología eminentemente conservadora, pese a sus pretensiones de imparcialidad.

La guerra había estimulado la adhesión a los valores nacionalistas, y en las elecciones de 1919 los conservadores obtuvieron un éxito abrumador.

Se beneficiaron, además, del nuevo sistema electoral, que favorecía a aquellos partidos capaces de organizar coaliciones. Para la izquierda los resultados fueron desastrosos. El Partido Socialista, aislado tras su abandono de la *union sacrée* en 1917 y dividido internamente por la actitud hacia la revolución bolchevique, rechazó toda avenencia con los partidos «burgueses». Esto obligó a los radicales a negociar acuerdos con los conservadores y unirse al *Bloc national*, cuyos representantes más destacados, Clemenceau y Millerand, insistían en la necesidad de mantener la union de los tiempos de guerra. En efecto, parte del centro político, que en 1914 se había aliado con la izquierda, se desplazó ahora a la derecha. La creación del *Bloc* mostraba la decidida voluntad de los conservadores de aceptar el régimen republicano y la creencia de muchos radicales de que la verdadera amenaza al orden establecido procedía ahora de la izquierda. El entendimiento al que llegaron la Iglesia y el Estado resumió la aproximación de los dos grupos. A pesar de que los votos socialistas aumentaron del 17 por 100 al 21 por 100, conforme al nuevo sistema electoral pasaron de ocupar 102 a 68 escaños. Además, perdieron su escaño muchos de los radicales que se habían opuesto a una alianza con la derecha. Como consecuencia, los partidos de centro-derecha obtuvieron 450 escaños, sobre un total de 616.

El resultado fue la formación de un gobierno dirigido por Millerand y, desde 1922, por Poincaré. Clemenceau había perdido toda posibilidad debido a la hostilidad creciente que despertaban su anticlericalismo, su insistencia en la necesidad de mantener la austeridad y de elevar los impuestos, y su deseo de imponer una presidencia muy intervencionista. La agresiva política exterior del gobierno se materializó en la lucha por garantizar las reparaciones de guerra y alentar los movimientos separatistas de Renania. Culminó en 1923 con la ocupación del Ruhr. Esta decisión alarmó tanto a la opinión pública como para provocar un desplazamiento hacia la izquierda y dar la victoria electoral a la alianza de centro-izquierda, el *Cartel des gauches*. La campaña puso de nuevo de relieve la división de los radicales y, por tanto, la inestabilidad del grupo que hacía las veces de «bisagra» del centro y de cuyo apoyo dependía la supervivencia del gobierno. No obstante, pese a las divergencias en cuestiones como la reforma social, en 1924 pudieron llegar a un acuerdo respecto a la necesidad de colaborar en pro de la paz permanente y la seguridad colectiva con la creación de la Liga de Naciones. Este proyecto quedaría asociado a la figura de Briand, y en 1925 abrió paso a la firma del Pacto de Locarno, por el que Alemania reco-

noctia, y británicos e italianos garantizaban, las fronteras orientales de Francia. El acuerdo se completó con la firma de otros tratados defensivos entre Francia y sus aliados checos y polacos. Sin embargo, el gobierno de centro-izquierda fue tan sólo un paréntesis en el largo periodo de dominio conservador, que se mantuvo hasta 1932. Poincaré tuvo bajo su control el panorama político hasta 1929, con un programa destinado a garantizar la seguridad militar, eliminar la inflación, equilibrar el presupuesto y limitar la carga impositiva; a ello se unía su antisocialismo visceral y su afán de vincularlo con la terrible amenaza bolchevique.

Con la formación del gobierno de la *Union nationale* en 1926, presidida primero por Poincaré y después, cuando por motivos de salud presentó la dimisión, por André Tardieu y Pierre Laval, se aprobó finalmente una ley, en 1928, que obligaba a la protección por enfermedad. Esta medida se había adoptado ya en 1921, cuando la posguerra difundió la noción de responsabilidad social. El subsiguiente intento de financiarla mediante un seguro volvió a mostrar la oposición de las clases medias ante cualquier insinuación de reforma social que hubiese de ser financiada con impuestos. Tras la llamada a la defensa del «orden moral» y las advertencias contra la dependencia de la beneficencia social, latía la falta de solidaridad. El planteamiento obtuvo aún mayor eco gracias a la debilidad de la izquierda. Al principio, tras la guerra, el Partido Socialista y los sindicatos incrementaron su número de militantes a causa del odio que suscitaba un régimen que había llevado al país a un baño de sangre, y por la convicción de que la revolución era inminente. Desde 1917 los socialistas tuvieron que definir su postura ante el bolchevismo. Al final, esto fue lo que produjo la escisión. En el Congreso de Tours de diciembre de 1920, ignorando las advertencias de Léon Blum respecto a un extremismo izquierdista el 67,3 por 100 de los delegados votó a favor de la adhesión a la Internacional Comunista y redujo el SFIO a 30.000 miembros. En su actitud influían decisivamente el antibelicismo, el entusiasmo por el aparente éxito de los sóviets a la hora de establecer una nueva forma de gobierno popular, la desilusión a causa del repetido fracaso electoral para conseguir una profunda reforma social y el interés evidente de muchos diputados socialistas por «hacer carrera». Sin embargo, muchos de estos camaradas errantes volvieron al redil al crecer la inquietud por el servilismo que exigía y la brutalidad con la que el régimen soviético trataba a los comunistas de otros países. De manera que el Partido Socialista volvió a ser el principal defensor de la reforma social.



Lámina 39. El miedo que suscitaban las grandes huelgas, tras la revolución bolchevique, permitió a los conservadores utilizar como motivo de la campaña electoral de noviembre de 1919 la imagen de un hombre con un cuchillo en los dientes. Biblioteca Nacional, París, Cabinet des Estampes.

Pero el partido seguía estando profundamente dividido entre los partidarios de un acercamiento a los comunistas y los que deseaban colaborar con los radicales. La polémica se inflamó tras el fracaso de la huelga general de mayo de 1920, al escindirse una minoría comunista de la federación de sindicatos (*Confédération Générale du Travail*) y formar la CGT Unitaire en enero de 1922. La afiliación sindical descendió de unos 2 millones en 1919 a 600.000 en 1921. Al dividirse la izquierda, disminuyó el apoyo de los electores. En las elecciones de 1920 los socialistas obtuvieron alrededor de una quinta parte de los votos y los comunistas una décima parte. Sin embargo, estos últimos crearon un movimiento bien organizado que tenía como bastiones los suburbios industriales de París y partes del Cher y Francia central. Su base eran los trabajadores que, pese a la subida real de los salarios en la década de los veinte, tenían todavía miserables condiciones de vivienda y padecían una rigurosa e insensible disciplina en su lugar de trabajo. Aun así, la militancia comunista descendió de los 110.000 de 1921 a los 30.000 de diez años después. El partido mantenía la unidad interna a cambio del aislamiento político respecto del resto de la nación. Llevaba adelante una política centrada en la oposición de clase no sólo respecto a los partidos «burgueses», sino, en particular, frente a su principal rival en el voto de los trabajadores, los socialistas, a los que tildaba de «traidores sociales». Por su parte, los socialistas, aunque no repudiaban los ideales y el lenguaje revolucionario y se negaban a participar en el gobierno, mantenían una política en lo esencial reformista, que implicaba pactos electorales con el Partido Radical, reacio a adoptar medidas sustanciales de reforma económica y social. Al menos esta flexibilidad táctica les permitió sacar ventaja de la pérdida de apoyo a los comunistas en las ciudades y a los radicales en el campo.

Para los coetáneos, la inflación y la incapacidad de los sucesivos ministros para equilibrar el presupuesto constituían los problemas más graves. La inflación había sido causada por la guerra y la reconstrucción, que obligaron al gobierno a aumentar enormemente los créditos y el volumen de dinero en circulación (de 6.000 millones de francos en 1914 a 37.000 millones en diciembre de 1920). Los precios se incrementaron a lo largo de los ocho años siguientes a la guerra y el gobierno fue incapaz de llegar a un acuerdo y, mucho menos, de resolver el problema. Ello produjo, además, la espectacular depreciación del franco. La moneda había perdido la mitad de su valor duran-



Lámina 40. Más propaganda electoral conservadora. Se acusa al gobierno del Cartel de Izquierdas del déficit presupuestario y la inflación. Cartel de Jack. Biblioteca Nacional, París, Cabinet des Estampes.

te la guerra y su caída se aceleró tras la retirada del apoyo británico y estadounidense en marzo de 1919. La creciente falta de confianza desencadenó la especulación y la fuga de capital. El fracaso de la ocupación del Ruhr de 1923, con la que se pretendía asegurar el pago de las reparaciones, aumentó el pesimismo. Entre 1922 y 1926 se volvieron a doblar los precios. La devaluación internacional fue aún mayor: en 1914 la libra esterlina se cambiaba a 25 francos; en julio de 1926 a 243. Los grandes perdedores fueron los que dependían de rentas, y ello en un país que todavía carecía de un sistema de pensiones para los jubilados. Los bonos de renta fija que solían adquirir habían perdido hacia 1926 cinco sextas partes de su valor respecto al periodo de preguerra. Por otra parte, la inflación y el consiguiente alivio sobre la deuda fomentaron la prosperidad, mientras que la devaluación favorecía el comercio exterior. Muchos grupos sociales parecen haber aumentado sus rentas; los trabajadores, por ejemplo, entre un 9 y un 26 por 100. Pero siguió predominando el pesimismo general que creaba

el continuado aumento de los precios. La hiperinflación alemana de 1923 hacía realidad la más negra de las pesadillas.

Sólo la formación del gobierno de Poincaré, en junio de 1926, trajo consigo la estabilidad financiera. Su talante conservador y el apoyo de la autoproclamada *Union Nationale*, compuesta por los radicales y los diputados de derechas, contribuyeron a devolver la confianza a los círculos financieros, que dudaban de la capacidad de los anteriores gobiernos del *Cartel des gauches* (Cartel de Izquierdas), a cuyo frente estuvo Edouard Herriot. Se adoptaron medidas aparentes y reales, como el aumento de impuestos y de la tasa de interés, y la reducción del gasto gubernamental. En junio de 1928 se decidió volver, limitadamente, al patrón oro, pero el franco mantuvo una quinta parte del valor de preguerra; una medida realista para evitar una pérdida de competitividad en los mercados internacionales como la que había sufrido la moneda británica tras la sobrevaluación de 1925. Tardieu hizo incluso esfuerzos por reducir la tensión social compartiendo algunos de los beneficios de la prosperidad mediante la legislación sobre el seguro social y las prestaciones familiares. Inevitablemente, la perspectiva de que se les requirieran aportaciones alarmó a los empresarios. No obstante, los efectos positivos fueron de corta duración.

El crac de Wall Street de octubre de 1929 fue el punto de partida de la crisis más seria que jamás haya experimentado el mundo capitalista. La década de los treinta se caracterizaría por la severa depresión, y con ella se desvanecerían los sueños de estabilidad nacional y hegemonía internacional. La crisis se dejó sentir en Francia más tarde que en otros países industrializados. De manera que 1930 fue un año de prosperidad. La estabilización de Poincaré —esto es, la devaluación— hizo a los productos franceses más competitivos en el mercado internacional, al menos hasta la devaluación de la libra en septiembre de 1931. El relativo atraso de la economía y las limitaciones de su integración en los mercados internacionales retardaron el impacto de la crisis y, cuando por fin alcanzó a Francia, bajo la forma de la bancarrota, la caída de la producción y el desempleo no tuvo la gravedad que en otros lugares. En cambio, fue mayor su duración y se convirtió en una década de permanente crisis. Sin embargo, muchos franceses saludaron el mayor equilibrio de la economía nacional, que mantenía a mucha gente en el ámbito rural, sin tener en cuenta que la crisis afectaba también a la agricultura, donde se experimentó una caída de

los precios debido al excesivo abastecimiento de los mercados nacionales e internacionales. El precio de las hortalizas cayó un 34 por 100 entre 1930 y 1935, y el de la carne un 40 por 100. Las rentas de los terratenientes, las ganancias de los agricultores y los jornales de los trabajadores sufrieron igualmente un importante descenso. La capacidad adquisitiva de la población rural se vino abajo. La crisis en Francia iba a ser más prolongada que en cualquier otra parte. La de los treinta fue una década de crisis perpetua.

La estabilización de Poincaré fue un breve paréntesis dentro de un largo periodo de desequilibrio. El déficit presupuestario, ahora debido a la reducción de los ingresos fiscales, condujo a la depreciación de la moneda en el mercado de divisas. Sin embargo, la mayor parte de los líderes políticos, con la notable excepción del socialista Blum y del conservador Paul Reynaud, se oponían radicalmente a devaluaciones planificadas como las de Gran Bretaña en 1931 y Estados Unidos en 1933, cuya finalidad era estimular el comercio. Dada la apasionada oposición contra la devaluación, percibida como una «estafa» al ahorro, los políticos corrían un riesgo importante. Era mucho más rentable censurarla en los términos más apocalípticos. Cuando en 1934 Reynaud se mostró partidario de la depreciación, *Action française*, el órgano de la extrema derecha, con uno de sus habituales juegos de palabras, lo acusó de «parásito», de tener «la mente y la moral de una termita», y pidió su encarcelamiento. La decisión de mantener el valor internacional, el *statu quo* y la capacidad adquisitiva de la moneda y evitar una vuelta a la inflación de los años veinte supuso una pérdida de competitividad para los productos franceses en los mercados mundiales. Entre 1929 y 1935 el volumen de las exportaciones se contrajo en un 44 por 100 y su valor descendió un 82 por 100. La participación del país en el comercio internacional de productos manufacturados, por lo demás ya muy reducido, cayó del 11,2 por 100 de 1929 al 5,8 por 100 de 1937. Aunque se logró estimular el comercio dentro de los mercados protegidos del Imperio —que llegó a suponer entre un 25 y un 30 por 100 de las exportaciones en 1936-1938—, no pudo compensar la pérdida de mercados en los principales países industrializados ni evitar la creciente tendencia a la importación de alimentos y petróleo. El centenario de la conquista de Argelia y la creación de una «Francia más grande» se celebró en 1931 con una formidable y muy publicitada exposición.

En 1938 los niveles de producción no eran muy superiores a los de 1913. Precisamente por ello puede decirse que Francia fue el país más afectado de entre las potencias económicas. Los precios cayeron un 46 por 100 entre 1929 y la primavera de 1935, en la caída del ciclo; las acciones perdieron un 60 por 100, y la producción industrial se redujo aproximadamente a una cuarta parte. En algunos sectores clave de la industria pesada, como la producción de acero, la caída fue del 40 por 100 y, por el contrario, la industria de bienes de consumo —con la única excepción de los textiles— sufrió mucho menos. La caída de los precios desincentivaba las inversiones. La pasividad de los fabricantes de manufacturas a la hora de renovar el capital fijo redujo la productividad con una caída del 37 por 100 de la fabricación de equipo industrial. Es cierto que en Francia el desempleo fue mucho menor que en Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Aun admitiendo que la cifra oficial de parados debería doblarse y que la tasa real sería de un millón, con la región de París como la más afectada, representa tan sólo el 2,6 por 100 de la población, frente al máximo del 7,6 por 100, 9,4 por 100 y 12,75 por 100 de las otras tres naciones. En cualquier caso todos estos datos esconden la pérdida del puesto de trabajo de los ancianos y las mujeres, la repatriación de los inmigrantes y la importancia del subempleo debido a la reducción de horas de trabajo. No obstante, cuando los precios cayeron, muchos de los que conservaban su trabajo gozaron de considerables mejoras en sus ingresos reales. Los niveles de consumo personal seguían siendo sorprendentemente altos, en buena medida porque la caída nominal en los ingresos nacionales de en torno a un tercio entre 1929 y el fondo de la crisis en 1935 se compensó en parte con el 20 por 100 de descenso en los precios al por menor.

No obstante, no se pudo evitar la intensa sensación de inseguridad. Por otro lado, la crisis no afectó por igual a todos los grupos sociales. La masa de los pequeños campesinos fue la que más sufrió al caer los ingresos reales en la agricultura en un 32 por 100. Muchos trabajadores industriales disfrutaron de un aumento de sus ingresos reales, aunque eran muy conscientes de la pérdida de valor de sus salarios y de la amenaza del desempleo. Los beneficios empresariales descendieron alrededor de un 18 por 100 y afectaron sobre todo a los pequeños fabricantes de manufacturas y a los tenderos, mientras que los ingresos reales de los terratenientes y rentistas con rentas fijas ten-

dieron a aumentar. En general, los privilegiados conservaron su posición pero en un clima de creciente tensión social y política. Al menos el cine y la música popular ofrecían una distracción relativamente barata ante los problemas de la vida diaria. Entre los mayores éxitos se encontraban las canciones de Edith Piaf y Charles Trenet, y las películas de René Clair y Marcel Pagnol. Unas y otras resultaban atractivas por su gusto por el drama y el romance, mientras que el humor corría a cargo del cómico Fernandel. En general, los intelectuales condenaban las películas importadas de los Estados Unidos por considerarlas pueriles. Filmes tan extraordinariamente escapistas como *La calle 42* (1933), *Melodías de Broadway* (1936) y *Blancanieves* (1938) gozaron sin embargo de un éxito comercial mayor que el grueso de los poco imaginativos productos domésticos.

Una constante de la época fue la debilidad gubernamental. Los políticos y los economistas —y no sólo en Francia— se sentían impotentes, simplemente reaccionando a los problemas conforme ocurrían. Aunque los repetidos déficits presupuestarios eran una consecuencia más que una causa de la depresión, los gobiernos seguían obsesionados con la necesidad de lograr el equilibrio y se embarcaron en políticas deflacionarias que aún redujeron más la demanda. La multiplicidad de partidos y su escasa disciplina hacían que el gobierno quedase a merced de coaliciones parlamentarias inestables y que los ministros invirtiesen buena parte de su tiempo tratando de manipular a los diputados. En el periodo de entreguerras se sucedieron 42 gobiernos, con una media de unos seis meses en el poder, incapaces de desarrollar una estrategia a largo plazo. El sistema electoral daba un poder desproporcionado al electorado rural y al de las pequeñas ciudades, por lo general contrario a la reforma social, supuestamente favorable a los trabajadores urbanos, y a los impuestos necesarios para financiarla. Tendían a confiar en partidos como el radical que, pese a presentarse como de izquierdas, era abiertamente conservador desde el punto de vista económico y social, y cuyos diputados, si no dirigían el gobierno, al menos ocupaban en él un lugar destacado. Los diputados, por lo general, pertenecían a las profesiones liberales y hacían un notable esfuerzo por mantener el apoyo de su circunscripción, centrándose en cuestiones locales y procurándoles el apoyo de los ministros.

En parte, la estabilidad burocrática compensaba la inestabilidad gubernamental, pero esto otorgaba el protagonismo político a los

funcionarios, procedentes de las clases altas, que ocupaban los cargos más destacados. El sistema de gobierno no era el idóneo para luchar contra grandes crisis. Era incapaz de considerar, y menos aún de aceptar, las propuestas de planificación y creación de una economía mixta de apolíticos o tecnócratas conservadores como Auguste Deteouf, presidente de la compañía de ingeniería eléctrica Thomson; de economistas como Alfred Sauvy, al que animaban una suerte de ideas morales y científicas, o de sindicalistas reformistas como Léon Jouhaux, secretario general de la CGT. Sus ideas fueron rechazadas por una derecha comprometida con el libre mercado y por una izquierda que concebía el Estado sólo como instrumento de opresión. La consecuencia fue la pérdida de confianza en el régimen durante la década de los años treinta.

El caso de la agricultura, donde el problema fundamental era la sobreproducción, muestra con claridad la incoherencia de la política del gobierno. En un principio se elevaron las tarifas proteccionistas. Su reacción ante las buenas cosechas de 1932 y 1935 fue la falsificación de los datos para evitar la alarma del mercado. No obstante, los precios continuaron bajando, y en junio de 1933 el trigo, a 85 francos el quintal, se pagó a la mitad de precio que en 1929. El siguiente paso, en julio de 1933, fue imponer un precio mínimo de 115 francos. Pero, con insuficientes fondos y servicios para almacenar el superávit, esta política duró poco tiempo y sólo estimuló la aparición de un mercado no oficial en el que el trigo podía comprarse por unos 60 o 70 francos. Se intentó, también, reducir la oferta de vino imponiendo restricciones en el cultivo y una reducción obligatoria de la superficie cultivable, pero el efecto sobre los precios fue muy limitado. En otros sectores se introdujeron, asimismo, medidas presuntamente encaminadas a combatir la deflación, como las que tenían por objetivo proteger a los pequeños tenderos contra la competencia de las grandes cadenas comerciales. Respecto al déficit comercial, más que adoptar medidas para estimular las exportaciones y, por tanto, actuar contra las causas, el gobierno optó por limitar sus efectos, y desde el verano de 1931 se endureció el proteccionismo. El sentimiento de inseguridad era tan fuerte que incluso los vendedores por cuenta propia, como los de las industrias de la lana y la seda, veían con agrado la perspectiva de una autarquía.

En mayo de 1932 el electorado se orientó hacia la izquierda en busca de una solución. Fue su mayor éxito electoral desde antes de la

guerra, pues obtuvo 334 diputados, a sumar a los 157 radicales y 129 socialistas, frente a los 230 de la derecha. En contradicción con la retórica que empleaban, los radicales siguieron oponiéndose con dureza a las medidas fiscales que podían perjudicar a sus circunscripciones de pequeños negociantes y campesinos. Los ministros radicales, liderados por Herriot, defendieron la ortodoxia financiera y el restablecimiento de la confianza. Se preocuparon, tanto como los conservadores, por reducir el gasto y equilibrar el presupuesto. Era una política que sus aliados socialistas difícilmente podían aceptar. Las sucesivas combinaciones ministeriales fueron incapaces de llegar a un acuerdo. Al agravarse la crisis económica, los ministros se vieron cada vez más impotentes. Tras las graves revueltas de París del 6 de febrero de 1934 y la dimisión del indeciso gobierno de Edouard Daladier, accedió al poder la Union Nationale, que incluía a los radicales, pero estaba dominada por los conservadores. La dirección correspondió, sucesivamente, a Gaston Doumergue, Pierre-Étienne Flandin y Laval. Este se hallaba aún más obsesionado que sus predecesores por evitar la inflación adoptando medidas deflacionistas. El Parlamento le otorgó «poderes excepcionales para garantizar la defensa del franco y ganar la batalla contra la especulación». Su política se centró en restablecer la competitividad de los productores franceses reduciendo los precios. Para ello procedió al recorte brutal, de un 10 por 100, del sueldo de los funcionarios, redujo el interés pagadero de la deuda y, de manera muy original, decretó reducciones de los alquileres y de los precios del pan, el carbón y la electricidad. Entre 1932 y 1935 se sucedieron 11 gobiernos y 14 planes de recuperación económica, todos basados en la combinación de medidas deflacionistas y proteccionistas, con el propósito de asegurar el *statu quo* social y económico. Había que defender la paridad del franco a cualquier precio. Desgraciadamente, las medidas sólo contribuyeron a acentuar el estancamiento económico. Los funcionarios con mayor responsabilidad, los representantes del Banco de Francia, que pese a su función de banco central todavía era una entidad privada, y algunos destacados industriales, como Peugeot, De Wendel o Schneider, miembros de la elite social más exclusiva, se aliaron para ejercer su influencia a favor de la continuidad.

El cambio era tanto más difícil por la inestabilidad política que reflejaba el carácter fragmentario del sistema político, el papel de bisagra de los radicales y la facilidad con la que los diputados rebeldes

abandonaban al gobierno que había incurrido de alguna manera en su desagrado. En esta situación, los políticos estaban poco dispuestos a emprender la importante reforma económica y social que la crisis demandaba. Se negaban también a aceptar una reforma del sistema político que tendiese al presidencialismo y reforzase al Ejecutivo frente al Parlamento. Todo lo más que podían aceptar era otorgar algunos poderes excepcionales al presidente en caso de crisis, como ocurrió durante la crisis financiera de 1935, en la que se reconoció a Laval la capacidad temporal de dictar decretos de urgencia. Para mayor dificultad, los gobiernos hubieron de hacer frente a un alarmante deterioro de la situación internacional. En Lausana, en julio de 1932, las grandes potencias reconocieron la incapacidad de Alemania para seguir pagando las reparaciones y su derecho al rearme. En enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller y, en octubre, Alemania se retiró de la Conferencia de Desarme de Ginebra. En junio de 1934, mientras el gasto militar francés alcanzaba su mínimo histórico, el gobierno empezó a ver la necesidad de rearmarse.

Entre las clases medias y, sobre todo, entre los grupos más prósperos e influyentes, el permanente ambiente de crisis, el miedo al empobrecimiento y a la pérdida de posición social, y la sensación de mayor debilidad en el ámbito internacional, dieron lugar a una alarmante pérdida de confianza y a la convicción de que la democracia había fracasado. Muchos opinaban que sólo un gobierno autoritario podía resolver los problemas de la nación. La llamada al «orden moral» procedió de nuevo de la derecha, en la que se fundían nacionalismo, clericalismo, liberalismo económico y antibolchevismo. Cada éxito electoral de la izquierda reavivaba el antiparlamentarismo. La élite, con poder económico y notable influencia en el gobierno, en la Administración y en los medios de comunicación, aceptaba a duras penas que el poder político estuviese en manos de gentes con objetivos contrarios a los suyos propios. Esta actitud dio lugar a la creación de las Jeunesses Patriotes de Pierre Taittinger en 1924, organizadas con un criterio militar, uniformadas y decididas a la acción callejera. Su parecido con el fascismo era patente, tanto en organización como en objetivos y formas de actuación. Estas agrupaciones (*ligues*), tuvieron muchos simpatizantes durante la siguiente década. La más notable fue la Croix de Feu, creada como una organización de excombatientes, que pronto atrajo a un amplio grupo de las clases medias y que en su

mejor momento llegó a tener 300.000 militantes. Se caracterizó por su ferviente anticomunismo y antisocialismo, por su inclinación por el tradicionalismo conservador católico y la defensa de la jerarquía social, más que por los ideales del fascismo y, aunque expresaba su apoyo a la jerarquía social establecida, sus portavoces denunciaban a los partidos políticos como «mentirosos, parasitarios, corruptos y anticuados». A partir de 1928, Henri Dorgères y sus *Chemises vertes* expresaron la angustia de muchos campesinos: su deseo de impuestos más bajos, de un final de las importaciones, y de protección de los valores y las tradiciones de la sociedad rural. Estas asociaciones eran herederas de las organizaciones del extremismo nacionalista de la década de 1880 y, al igual que ellas, ansiaban un gobierno autoritario que reemplazase a la decadente, corrupta e ineficaz República. Contaban con el apoyo de personajes influyentes, como los mariscales de Francia que aún quedaban, y con importantes fondos de las organizaciones de patrones y empresarios, como el fabricante de perfume François Coty y los industriales Ernest Mercier y François Wendel, uno de cuyos objetivos a principios de los treinta parece haber sido recabar apoyos a favor de Pétain como potencial salvador. Como es natural, no todos los excombatientes pertenecían a la derecha. Muchos se inclinaban por el pacifismo de la izquierda. No obstante, el rencor visceral hacia los políticos estaba muy extendido y se deseaba algo parecido a un renacimiento de la *union sacrée*, aunque el desencanto en Francia hacia el gobierno nunca tuvo la intensidad que en Alemania. La depresión económica no fue tan grave y el país no había sufrido una derrota militar tan desmoralizadora.

En algunos momentos la crisis fue muy aguda, como durante el *affaire* Stavisky, a comienzos de 1934, cuando el fraude financiero de un judío ucraniano naturalizado francés parecía implicar a importantes figuras políticas y proporcionó la excusa perfecta para una campaña de la extrema derecha en la que se mezclaban los temas habituales de xenofobia, antisemitismo y antiparlamentarismo con el odio a la República. El 7 de enero, la Action française organizó una serie de manifestaciones que culminaron el 6 de febrero con el encuentro de varias *ligues* de la derecha en París. Cuando algunos grupos intentaron romper el cordón policial que protegía la entrada a la Cámara de Diputados, se inició la refriega, en la que murieron 15 personas y hubo más de 2.000 heridos.



Lámina 41. Desfile de miembros de la Croix de Feu ante su líder, el teniente-coronel de La Rocque. Fundada en 1927 como organización de excombatientes, desde 1933 logró reclutar a militantes en un espectro social más amplio y desarrolló una estructura paramilitar. © Roger-Viollet/TopFoto.

El primer ministro, el radical Daladier, tuvo que dimitir ante la falta de apoyo de los líderes de su propio partido. Se creó así un peligroso precedente que dejaba al gobierno a merced de la calle. Doumergue abandonó su retiro para restablecer el orden y reformar el sistema político. Pero, en vez de aprovechar las condiciones creadas por el 6 de febrero, que habrían permitido reforzar la autoridad del Ejecutivo, se dejó llevar por las disputas entre los radicales y los miembros conservadores de su Administración. Entre estos últimos estaba Tardieu que, como miembro de anteriores gobiernos, había canalizado fondos hacia las *ligues*. Además, el Senado, con su habitual irresponsabilidad, se opuso a una propuesta que reducía sus poderes para hacer caer al gobierno. Doumergue y su sucesor Laval, como medida a corto plazo, sólo podían intentar restaurar la confianza empresarial equilibrando el presupuesto. En 1935 redujeron el gasto público con medidas que incluían el recorte en pensiones empleando los poderes para gobernar por decretos de



Lámina 42. 6 de febrero de 1934: militantes de las organizaciones de extrema derecha se enfrentan a la policía que protege los accesos a la Cámara de Diputados en la plaza de la Concordia. Acabó con 15 muertos y más de 2.000 heridos.

emergencia para evitar el debate parlamentario. La crisis del Estado liberal se estaba haciendo cada vez más intensa.

A largo plazo, el resultado más importante del 6 de febrero fue la creación del Front Populaire (Frente Popular), la alianza de los partidos comprometidos con la República democrática preocupados por la posibilidad de un golpe de Estado fascista. Sin duda eran muchos los obstáculos que dificultaban la creación de una gran alianza de la izquierda. Los comunistas, comprometidos con la lucha de clases y convencidos de que la depresión era la última gran crisis del sistema capitalista, criticaban, sobre todo, a los «traidores» socialistas que, mediante el reformismo, trataban de desviar a la clase trabajadora de su verdadero objetivo. Por su parte, los socialistas desconfiaban de las propuestas de cooperación en un *front unique* (frente único). Los intentos de colaboración del pasado habían terminado invariablemente en un ambiente de mutua recriminación. Además, comunistas y radicales eran polos opuestos. Inmediatamente después del 6 de febrero, y con los radicales

en el gobierno de Doumergue, los partidos no paraban de lanzarse mutuos improperios. La posibilidad de crear un Frente Popular que apelase a la acción conjunta de los demócratas no se planteó hasta finales de junio, cuando el líder comunista Maurice Thorez decidió dar vía libre siguiendo las instrucciones de Moscú, muy alarmado por el avance de la amenaza fascista. El Partido Comunista superaba así el aislamiento y la ineficacia a la que lo había llevado su táctica de lucha de clases. Junto con la devoción patriótica de los jacobinos a la defensa nacional, que se mantuvo hasta la firma del pacto germano-soviético de agosto de 1939, este cambio de los comunistas logró atraer mayor apoyo de las masas. En el intervalo, en julio, negociaron con los socialistas un acuerdo de ayuda mutua contra el fascismo, la guerra y la política de deflación del gobierno de Doumergue. A continuación, para sorpresa de los socialistas y preocupación de los radicales, se invitó a los obreros y a las clases medias a sellar una alianza. Pero la unidad contra la amenaza internacional del fascismo era el principal objetivo, y los comunistas estaban decididos a no asustar a los radicales y a rebajar el tono de su programa revolucionario.

La decisión de los radicales de sumarse al Frente Popular dependía del resultado de su lucha interna entre los partidarios de Herriot, que se oponía a la colaboración, y los llamados «jóvenes turcos», entre los que se encontraban Jean Zay, Jacques Kayser, Pierre Cot y Pierre Mendès-France, apoyados por Daladier y reforzados por el creciente desencanto que producía la alianza con los partidos de la derecha. Finalmente, en junio de 1935 se decidió colaborar, y el 14 de julio los tres partidos de la izquierda concurrieron, simbólicamente unidos, a la manifestación multitudinaria que se celebraba en París. A continuación nombraron un comité encargado de organizar la colaboración para la campaña electoral de abril y mayo de 1936. Los principales obstáculos para el acuerdo parecían ser la elaboración de una política económica que fijase los instrumentos de financiación de las reformas sociales, la escala de las nacionalizaciones y el problema de la devaluación. La moderación del compromiso mostró que el principal objetivo del Frente Popular era la defensa de las instituciones republicanas. Sin embargo, fue decepcionante para todos los que habían creído que la unidad de la izquierda abriría la puerta a un radical cambio económico y social. En realidad, poco cabía esperar de una alianza de partidos entre los que había tantas suspicacias.

La campaña electoral se inició en abril de 1936, con la novedad de que los portavoces de los partidos se sirvieron de la radio para llamar la atención del público sobre los puntos de debate. En realidad, estuvo plagada de contradicciones. En la primera vuelta, cada uno de los partidos del Frente Popular presentó sus propios candidatos y su programa, en flagrante contradicción con aspectos del programa conjunto que habían acordado presentar en la segunda votación. Los socialistas proponían importantes nacionalizaciones y la abolición del Senado, propuestas que constituían un anatema para los radicales. El partido estaba internamente dividido tanto respecto a la táctica, donde se mantenía la contradicción entre la retórica revolucionaria y las propuestas reformistas, como en otras cuestiones fundamentales, como si era preciso abandonar la política de no participación en un gobierno de coalición, en el caso de que la alianza saliese victoriosa de las urnas. Los comunistas, conscientes del fuerte deseo de unidad de las masas trabajadoras, aceptaron en marzo la fusión de las dos federaciones de sindicatos rivales; por lo demás, daban total prioridad a la unión del movimiento antifascista y, para ello, era imprescindible contar con el apoyo de las clases medias.

Su principal ventaja radicaba en que podían ofrecer una explicación coherente de la crisis económica y poner como ejemplo de solución a los males del mundo el experimento soviético de crecimiento planificado. El programa acordado conjuntamente por la izquierda incluía propuestas para proteger a las instituciones republicanas, como la supresión de las *ligues*, la defensa de la educación laica y de los derechos sindicales. Atacaba la política deflacionista anterior y presentaba medidas destinadas a reducir el desempleo y mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora, con un programa de obras públicas, el aumento de las ayudas al desempleo y la reducción de la jornada laboral. Estas medidas y la reforma fiscal debían ayudar a mejorar el poder adquisitivo y estimular la recuperación económica. Se pretendía, además, ayudar al campesinado mediante una intervención estatal de los mercados agrícolas que asegurase el aumento de los precios. En política exterior, el gobierno del Frente Popular promovería el desarme y la seguridad colectiva a través de la Liga de Naciones.

El programa, en suma, se inspiraba más en el New Deal estadounidense que en el socialismo. Las únicas nacionalizaciones que se plantearon, la de la industria de armamento y la del Banco de Francia,



Lámina 43. Léon Blum y su gobierno del Frente Popular ante el palacio del Elíseo en 1936. Hulton Archive. Foto: Keystone/Getty Images.

aspiraban a poner freno al poder e influencia de los grupos conservadores más importantes. Era un programa moderado que ofrecía una reforma social genuina e intentaba ofrecer garantías a los pequeños propietarios que apoyaban al Partido Radical. Aun así, toda insinuación de medidas destinadas a reducir el poder de las elites conservadoras levantaba una tormenta de protestas y se alentó una movilización política inspirada por la arrogancia y el temor. La utilización por parte de los conservadores de la «política del miedo» (Jackson) recogía temas contenidos en un manifiesto del candidato parisiense de la *Fédération républicaine*:

Si el Frente Popular sale victorioso,
habrá una fuga de capital;
habrá una devaluación que llevará a la bancarrota;
reinará la anarquía;
habrá guerra;
porque tras el Frente Popular se esconde la sombra de Moscú.

Al principio, los resultados de la elección fueron desalentadores para la izquierda. En la primera vuelta, los partidos del Frente obtuvieron 5.420.000 votos, sólo 300.000 más de los que habían obtenido en 1932. El factor decisivo fue la disciplina de los electores, que acabaron votando al candidato que parecía tener más posibilidades de ganar la segunda vuelta del 3 de mayo. El Frente obtuvo una neta mayoría, con 376 escaños, a diferencia de los 222 de los partidos de derecha. Además del sólido apoyo de la clase trabajadora, el Frente también obtuvo votos de las clases medias bajas y, en particular en el sur, de la población rural. El evidente desplazamiento del electorado hacia la izquierda aumentó de manera sustancial la presencia de comunistas y socialistas en la Cámara, que pasaron a ocupar de 10 a 72, y de 97 a 146 escaños, respectivamente. Aunque el Frente había obtenido este resultado a costa de sus aliados radicales, que de 159 sólo retuvieron 116 escaños, su supervivencia dependería del asustadizo grupo de los diputados de esta formación.

El 4 de mayo, Léon Blum, líder del partido mayoritario de la coalición, reclamó la dirección del gobierno del Frente Popular, que se compuso en su mayoría de socialistas y radicales. Los comunistas decidieron quedarse al margen con el pretexto de que su participación podía desatar el pánico. A partir de entonces le prestaron su apoyo leal y, como el elemento más radical de la alianza, multiplicaron por 10 el número de sus afiliados, alcanzando en 1937 los 300.000. En contraposición, Blum partía del supuesto de que, al carecer de una mayoría parlamentaria socialista, su mandato no bastaba para introducir profundas reformas sociales. Esta convicción y las particularidades de la alianza con los radicales no permitieron efectuar más que reformas limitadas. Sin embargo, la formación del gobierno —que por primera vez incluía a tres mujeres como subsecretarias— había creado una sensación generalizada de expectación, especialmente demostrada con una ola sin precedentes de huelgas y ocupaciones de fábricas en la que participaron unos dos millones de trabajadores. El movimiento era espontáneo y localizado. Se trataba de la eufórica explosión de los trabajadores a quienes les parecía que ahora todo era posible. Entre sus reivindicaciones estaba la dignidad del trabajo, las protestas por la dura disciplina laboral y la exigencia de una mejora de las condiciones de vida, empleo y seguridad.

En comparación con las esperanzas y temores que había suscitado el gobierno, las medidas que se tomaron en el verano de 1936 eran muy

moderadas. Habían sido dictadas por las circunstancias iniciales y, sobre todo, para poner fin a las huelgas. Los representantes de los patronos y los de la CGT se reunieron la noche del 7 al 8 de junio y firmaron el acuerdo de Matignon. Ambas partes estaban asustadas por su incapacidad para controlar el movimiento obrero. Acordaron un aumento de salarios de entre el 7 por 100 y el 15 por 100 para aumentar el poder adquisitivo y estimular la recuperación económica y reconocieron el derecho de negociación de los sindicatos. A estas medidas se las sumaron otras, como la legislación que preveía, por primera vez, el derecho a dos semanas de vacaciones pagadas por año trabajado y a una semana de 40 horas laborables. Con ello se pretendía mejorar la calidad de vida de los trabajadores y reducir el desempleo. Para extender la aplicación de las medidas a la población rural, se creó una agencia oficial (*Office interprofessionnel du blé*) como mecanismo para estabilizar y elevar los precios del cereal. Se adoptaron, asimismo, otras medidas menos eficaces para garantizar que el Banco de Francia diera prioridad al interés nacional por encima del de sus accionistas. Por lo demás, la nacionalización de las fábricas de armamento sólo contribuyó a mantenerlas en el mismo estado de desorganización en el que ya se encontraban. Además, Blum atemorizó a los industriales y financieros sin lograr, por lo demás, mejorar el control del gobierno respecto de sus actividades.

El resultado, seguramente inevitable, fue la decepción de muchos partidarios comunistas y socialistas que apoyaban al Frente Popular y culpaban a Blum de excesivo legalismo. De forma simultánea, los radicales se sentían molestos por todo lo que ya se había hecho. Operar en un contexto económico básicamente liberal y adoptar medidas que ponían en peligro la confianza de los mercados significaba jugar con fuego. La falta de control de cambios, inaceptable para los radicales, propiciaba fugas masivas de capital. Los intentos de los patronos por minimizar la repercusión de los acuerdos de Matignon elevaban la tensión social, al tiempo que las medidas que contemplaban aumentaban los costes, reducían la competitividad internacional y provocaban la inflación en el interior. En septiembre fue inevitable proceder a la devaluación del franco (de un 30 por 100) que el gobierno se había comprometido a evitar. Tal y como resultó después, esta decisión contribuyó muy poco a incrementar la competitividad de las empresas francesas, que sufrían de escasez de inversiones. En enero de 1937, en un intento por restablecer la confianza de los inversores y reducir las

tensiones con los aliados radicales, Blum anunció una pausa en el programa gubernamental de reforma social. Tampoco ayudó a atajar la reacción conservadora. La decisión de dedicar mayores recursos al rearme en respuesta a la remilitarización alemana del Rin y el debate en torno a si se debía prestar apoyo a la Segunda República española crearon nuevas fricciones en la alianza. Cuando Blum solicitó a la Cámara poderes extraordinarios para combatir el continuo deterioro de la situación financiera, los diputados votaron a favor, pero el Senado se opuso. Blum dimitió el 20 de junio de 1937.

Desde ese momento y hasta el otoño de 1938, el Frente Popular fue desintegrándose de forma gradual como resultado del deterioro de las relaciones entre los partidos que lo formaban. Al principio, como la mayoría parlamentaria había sobrevivido a la dimisión de Blum, el presidente de la República tuvo que recurrir al radical Camille Chautemps para que formase un gobierno en el que participaron Blum y otros socialistas hasta su retirada final en enero de 1938. Incapaz de dar marcha atrás o proseguir las reformas, Chautemps hizo poco más que asistir a una nueva oleada de huelgas, al empeoramiento de la balanza de pagos y al aumento del déficit presupuestario debido al creciente gasto militar y a la caída de los ingresos fiscales. La nacionalización de las compañías ferroviarias con la que se creó la SNCF fue tan sólo un medio para evitar la bancarrota y se llevó a cabo de manera extremadamente favorable a sus accionistas. En marzo, Hitler se anexionó Austria. Mientras tanto, los políticos franceses se debatían en la crisis interna que habían creado los socialistas al negar su apoyo a Chautemps para adoptar medidas de urgencia con las que combatir los problemas financieros. Chautemps presentó la dimisión.

Las reglas del juego parlamentario requerían que los socialistas formasen gobierno. Se recurrió a Blum con el encargo de formar un gobierno de concentración nacional que preparase al país para una guerra a todas luces inevitable. Los conservadores se opusieron inmediatamente, resueltos a terminar con el Frente Popular. El segundo gobierno del Frente nació sentenciado, y las propuestas de sus dirigentes para introducir un control de cambios y un impuesto sobre el capital aceleraron su final. El presidente Albert Lebrun llamó al líder radical Daladier para formar gobierno. Los socialistas quedaban al margen. Pero, con la esperanza de mantener el frente antifascista, los partidos de la izquierda le otorgaron su confianza. La discordia que

crearon los Pactos de Múnich, violentamente censurados por los comunistas, acabó formalmente con el Frente Popular.

El mandato de Daladier estaría dominado por el deterioro de la situación internacional y por el intento de restablecer el orden interno. Confiaba en que los mecanismos del liberalismo económico permitirían la recuperación. Deseando acabar con los alborotadores, las fuerzas del orden y los patronos actuaron con firmeza contra los huelguistas. Pronto se vio que el gobierno dependía del apoyo parlamentario de la derecha y que su mejor carta era el tan cacareado anticomunismo. El 1 de noviembre de 1938, el diario *L'Ere nouvelle* pudo afirmar con júbilo que «la revolución de junio del 36 ha sido verdadera y definitivamente superada». El lenguaje era indicativo del grado en el que el Frente Popular había reflejado, y alentado, la polarización política. Las esperanzas de la izquierda y de los trabajadores habían creado en la derecha y en las clases propietarias una visión apocalíptica de anarquía revolucionaria, alimentando el resentimiento hacia un gobierno que con sus medidas parecía favorecer a los obreros a expensas de la clase media. Se establecieron paralelismos entre Blum y Aleksandr Kérenski, cuya actitud había preparado el camino al bolchevismo. Se denunció al Frente Popular como complot judío y comunista. Un grupo extremista de oficiales del ejército fundó el Comité secret d'action révolutionnaire, más conocido como Cagoule, que preparó incluso un golpe de Estado. Aunque fue descubierto por la policía en noviembre de 1937, es muy significativo que grandes figuras militares en el retiro como los mariscales Pétain y Franchet d'Esperey, conocedores de lo que se estaba preparando, no considerasen como su obligación informar a las autoridades. Otro rasgo de la resistencia al comunismo fue la creación de nuevos partidos de extrema derecha. La Croix de Feu, prohibida en junio de 1936 al igual que otras *ligues*, se transformó en el Parti Social Français, con 600.000 u 800.000 militantes en pro de un gobierno fuerte y autoritario. El Parti Populaire Français, creado por el antiguo comunista Jacques Doriot, tenía un carácter más abiertamente fascista y contaba escasamente con 200.000 miembros. El ambiente político se emponzoñó con una ola de violencia verbal, y a veces física, en la que incluso políticos de perfil, en principio, más moderado, como Tardieu o Laval, se hacían eco de los sentimientos de la extrema derecha. Dicho sea en su honor, en abril de 1939 el gobierno aprobó leyes —luego revocadas por el régimen de Vichy— que convertían en delito la incitación al odio racial o religioso en la prensa.

En este contexto de amarga desunión interna, el gobierno de Daladier tuvo que afrontar la crisis que creaban la continua depresión económica y el deterioro de la situación internacional. La producción industrial continuó cayendo durante los primeros meses de 1938. En septiembre, los primeros ministros de Gran Bretaña y Francia, Neville Chamberlain y Daladier, abandonaron a Checoslovaquia a su suerte. Era el precio que había que pagar, opinaban, si se quería mantener la paz. A su regreso del humillante encuentro de Múnich fueron saludados como héroes por la inmensa mayoría de sus conciudadanos. Léon Blum tradujo sin duda la confusión reinante cuando escribió: «Probablemente se ha evitado la guerra. Pero en condiciones tales que yo, que nunca he dejado de luchar por la paz [...], soy incapaz de sentir alegría [...] y me debato entre el cobarde alivio y la vergüenza». Se deseaba desesperadamente evitar una matanza como la de 1914. En Francia, los conservadores, traumatizados por los hechos de 1936, temían que otra guerra pudiese provocar una nueva revolución, y muchos de ellos dieron la bienvenida a la Alemania nazi como una barrera contra el avance del bolchevismo en Europa. No obstante, Daladier, preocupado por la inferioridad militar francesa e incapaz de actuar independientemente de los británicos o de hacer caso omiso del abrumador peso de la opinión pública, parece que se hacía pocas ilusiones. Sin embargo, después de Múnich, y en interés de la defensa nacional, se permitieron numerosas excepciones a la ley de las 40 horas y se introdujo un tiempo de trabajo extra obligatorio. Por otra parte, el Senado estaba dispuesto a reconocerle a Daladier los poderes que le había negado a Blum. Apoyando a los patronos contra los trabajadores, el gobierno participó en el contraataque a los obreros, que habían desafiado por corto tiempo la exclusividad de su derecho de gestión de sus empresas. Esta actitud y la reactivación económica que produjo el rearme contribuyeron a restablecer la confianza de los inversores y dieron lugar al inicio de una recuperación de la economía, evidente desde el otoño de 1938.

La ocupación alemana de los Sudetes en marzo de 1939 provocó un vuelco en la opinión pública. En julio, según una encuesta de opinión, el 70 por 100 de la población se oponía a hacer más concesiones a Alemania. La larga lista de concesiones a Hitler que se había iniciado con la aceptación del rearme alemán en 1935 sólo había dado lugar a nuevas exigencias. Se acordó garantizar la integridad territorial de Po-

lonia como un medio para desalentar la expansión de Alemania, que podría conducir a la guerra. Las sospechas británicas respecto a los rusos impidieron la creación de una alianza que por sí sola podría haber hecho la garantía efectiva desde el punto de vista militar. Cansado por la falta de resolución occidental y sospechando de sus motivos, Stalin firmó un acuerdo con los alemanes el 23 de agosto de 1939 que sentenciaba el destino de Polonia. Por supuesto, también significaba que, en comparación con la situación de 1914, Francia entraría en esta guerra como parte de una alianza militar considerablemente más débil.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Cuando estalló la guerra el 3 de septiembre, en respuesta a la invasión alemana de Polonia, el entusiasmo fue escaso. El recuerdo de la carnicería de 1914 aún estaba muy vivo. En concreto, los conservadores adoptaron una actitud de resignación ante un conflicto que amenazaba con servir a los intereses de la Unión Soviética, debilitando a Gran Bretaña, Francia y Alemania. Su preocupación aumentó el 20 de septiembre, cuando el Partido Comunista francés, siguiendo con retraso las instrucciones de Moscú, dejó de ser el apoyo más activo de la causa antifascista para oponerse frontalmente a la guerra y presentarla como resultado de la rivalidad imperialista y, por tanto, al margen de los trabajadores. Se declaró al partido al margen de la ley y se encarceló a sus diputados. Tras la declaración formal del inicio del conflicto, sobrevino un largo periodo de relativa calma en el frente occidental, la denominada «extraña guerra». Firmemente atrincherados tras la Línea Maginot, los franceses y sus aliados británicos se mantuvieron a la defensiva mientras se aplastaba a los polacos, en cuya defensa habían declarado la guerra. Parecía que evitaban toda ofensiva que pudiese involucrarlos en el conflicto. El pensamiento estratégico se basaba en el supuesto de que una guerra larga permitiría una acumulación de fuerza militar de nuevo basada en los recursos industriales de los Estados Unidos, al mismo tiempo que un bloqueo marítimo debilitaba a Alemania.

La aparente falta de peligro alimentó la disidencia política en el interior, en claro contraste con la *union sacrée* de 1914. El 19 de marzo de 1940 una moción de censura parlamentaria obligó a Daladier a dimitir. Se le criticaba la falta de acción militar y la derecha lo culpaba

de no haber acudido rápidamente en defensa de Finlandia ante el ataque de las tropas soviéticas. Los aliados habían sopesado seriamente esta posibilidad, que los habría llevado a un enfrentamiento extremadamente peligroso tanto con la Alemania nazi como con la Rusia soviética. Reynaud, aparentemente más dinámico, reemplazó a Daladier. No obstante, el antiguo primer ministro obtuvo la cartera de Defensa en un gobierno más amplio al que se incorporaron los representantes de todas las tendencias políticas presentes. La rivalidad personal entre ministros y dirigentes militares y la falta de objetivos claros dificultaron el esfuerzo bélico francés. Alemania cogió a los aliados por sorpresa mientras planeaban operaciones periféricas contra las instalaciones petrolíferas soviéticas y el suministro de hierro a Alemania procedente de Escandinavia. Invadió primero Dinamarca y Noruega, y el 10 de mayo de 1940 se inició la ofensiva occidental de la Wehrmacht.

El alto mando francés, a pesar de la aparente confianza hacia el general Gamelin, estaba muy poco preparado para resistir un ataque alemán encabezado por la utilización masiva de la fuerza aérea y los tanques blindados. La derrota de 1940 debe atribuirse sobre todo a los altos cargos militares que, como Pétain, ejercieron notable influencia en la preparación militar del país durante el periodo de entreguerras. La experiencia de la guerra anterior los había convencido de las ventajas defensivas del armamento moderno. Sin embargo, culparon a los políticos de la derrota, pese a que desde 1934 se habían ido aprobando grandes aumentos del gasto en defensa. Para maximizar las ventajas de los ejércitos defensivos, se diseñó la Línea Maginot, a la que entre 1930 y 1936 se destinaron importantes sumas del presupuesto. La línea no cubría la frontera con Bélgica, ni siquiera después de su declaración de neutralidad en 1936, y tampoco se hizo nada para preparar posiciones defensivas a lo largo de la ruta que había seguido el ejército invasor alemán en 1914 o frente a las colinas y bosques de las Ardenas belgas, que se suponía eran impenetrables para grandes contingentes de tropas. Se pretendía que el manejo relativamente fácil de la Línea Maginot permitiría la concentración de recursos humanos para defender Bélgica y el norte de Francia en caso de que los alemanes volviesen a violar la neutralidad belga.

En realidad, las fuerzas aliadas que penetraron en territorio belga para repeler la invasión fueron rebasadas por las divisiones alemanas que cruzaron las Ardenas y rompieron la débil línea francesa en Di-



Lámina 44. Paul Reynaud sale de una reunión del Gabinete, 21 de mayo de 1940. En el plazo de semanas, sus compañeros, el vicepresidente, el mariscal Pétain y el comandante en jefe Weygand presionarían para que se firmase el armisticio. Foto: Keystone/Hulton Archive/Getty Images.

nant y Sedán. La crisis que vino a continuación reveló la incompetencia del alto mando. Los sucesivos comandantes en jefe, Gamelin y Weygand, y el general Georges, que comandaba el decisivo frente nororiental, eran de edad avanzada, estaban cansados y se habían quedado obsoletos frente a la realidad de una guerra moderna. Al parecer, no se había sacado lección alguna de la *Blitzkrieg*, con tanta rapidez que había aplastado en septiembre al ejército polaco. La fuerza aérea francesa estaba mal dotada, debido, en parte, a la ineficacia de la industria aérea y, en parte, a la mala dirección. Sólo intervino un pequeño número de aviones británicos. No se tuvo en cuenta el potencial ofensivo de la concentración de blindados y, pese a que se disponía de una importante cantidad, se hallaban muy dispersos apoyando a la infantería. Los intentos de frenar el avance alemán mediante el envío irregular de tropas inadecuadas estaban llamados al fracaso. Dejando a un lado las serias deficiencias aéreas, lo que condujo al rápido y total derrumbamiento y a la pérdida de la «batalla de Francia» fue la indecisión de la cúpula, la incoherencia de las estructuras de mando, una táctica inapropiada y la falta de preparación, más que la inferioridad numérica o material. La planificación operativa ortodoxa y la opción por la preparación metódica y un frente continuo significaban que los oficiales franceses de alto rango no estaban preparados intelectualmente para afrontar una batalla de confrontación fluida y de raudos movimientos. Rápidamente se vieron superados por los acontecimientos. La evacuación de 329.000 efectivos británicos y franceses por Dunquerque señaló la desintegración final de la fuerza de combate más eficaz de los aliados. Los esfuerzos posteriores de Weygand para establecer nuevas líneas defensivas en los ríos Aisne y Somme, con despliegue de fuerzas con mucho superadas en número, estaban destinadas, tal como se llevaron a cabo, al fracaso.

En cinco semanas los alemanes hicieron 1.850.000 prisioneros. Cayeron alrededor de 92.000 combatientes, lo que da una idea de la intensidad de los combates en algunos sectores, pese a ser un número reducido en comparación con los feroces enfrentamientos de la guerra anterior. Una multitud de miserables refugiados bloqueó las carreteras que conducían al sur. Asustados por el amargo recuerdo de la anterior ocupación alemana, entre seis y siete millones de personas abandonaron sus hogares intentando escapar del área en expansión en la que se libraba la guerra. Los servicios fundamentales se colapsaron

cuando los funcionarios abandonaron sus puestos y se sumaron al éxodo. El gobierno buscaba un lugar más seguro que París, y se trasladó primero a Tours y después a Burdeos. Desesperado, Reynaud destituyó a algunos generales y remodeló el gobierno. La incorporación al Ministerio de Defensa de uno de sus protegidos, un tal general Charles de Gaulle, experto en guerra acorazada, no tuvo un efecto inmediato. Mucho más relevante fue el nombramiento del mariscal Pétain como viceprimer ministro. El 12 de junio, apoyado por el nuevo comandante en jefe, Weygand, el mariscal solicitó el armisticio. Al parecer, la obsesión de Weygand era salvaguardar el honor del ejército y, al igual que en 1871, preservar su integridad como medio de asegurar el orden social y evitar el triunfo del comunismo. Con la peculiar arrogancia del militar que se ve a sí mismo como guardián del espíritu nacional, se opuso con todas sus fuerzas a la capitulación del ejército tal y como la propuso Reynaud, quien quería evitar nuevos sacrificios inútiles. El gobierno tendría así «libertad de acción» y la opción de continuar la guerra en las colonias. Mientras se mantuvieron las hostilidades, la responsabilidad del resultado se repartió en partes iguales. Pétain condenó al Frente Popular como símbolo y causa de la decadencia nacional. Sin embargo, no cabe duda de que la principal causa de la derrota fue la incompetencia de los propios generales.

El 16 de junio, Reynaud, agotado y bastante intimidado, presentó su dimisión a favor de Pétain. El mariscal anunció un día después su intención de firmar el armisticio. Indudablemente, su decisión reflejaba la opinión general de que no había otra alternativa. No cabía pensar en una lucha hasta el final que habría devastado a Francia. En la hora del desastre, el viejo héroe de Verdún, alrededor del cual se había construido un imponente mito, se presentó ante sus compatriotas como su salvador potencial. Su oferta de «la entrega de mi persona para atenuar el sufrimiento» de Francia, mientras se difundía por radio la petición de armisticio, fue recibida con emoción y gratitud. Pese a que el cese del fuego no entraba en vigor hasta el 25 de junio, acabó inmediatamente toda resistencia organizada. La guerra pareció irremisiblemente perdida. La población interpretaba que, si el poderoso ejército francés era incapaz de resistir a los alemanes, en un futuro muy próximo los británicos también se verían obligados a claudicar. El 17 de junio partió de Burdeos camino de Londres un oscuro general, De Gaulle, subsecretario del Ministerio de la Guerra. Dada la situación, era inevitable

que tanto la marcha de De Gaulle como su creación de un Comité Nacional Francés, que habría de actuar como «guardián provisional del patrimonio de la Nación», pasasen prácticamente inadvertidas. La inmensa mayoría de los funcionarios y de aquellos oficiales militares no desmovilizados o en campos de prisioneros de guerra siguieron lealmente en sus puestos en la misma Francia y en todo el Imperio. Todos aquellos militares en servicio que se encontraban en territorio británico cuando Francia se rindió optaron por la repatriación en lugar de continuar la lucha. El ataque británico a la flota francesa en Mers el-Kebir los días 3 y 4 de julio de 1940 a fin de asegurarse de que nunca caería bajo control alemán y que causó 1.297 muertes provocó considerable hostilidad hacia el antiguo aliado.

Los términos del armisticio fueron severos. Sólo se suavizaron debido a la preocupación alemana por evitar que Francia siguiese participando en la guerra. Por esta razón decidió que el gobierno debía permanecer en Francia, impidiendo así que buscase refugio en Inglaterra o en las colonias. Además, la continuidad de una Administración y una policía francesas reduciría sustancialmente la demanda de personal alemán. Había que reducir el ejército francés a 100.000 hombres, y su función sería, exclusivamente, mantener el orden interno. La parte de la flota que permanecía en los puertos nacionales sería desmovilizada. Se ocupó, asimismo, una parte importante de Francia, la más productiva y densa demográficamente, y se le impuso una enorme carga para cubrir los costes de los invasores.

Pronto fue evidente la subordinación del gobierno francés. En agosto de 1940, en manifiesta contradicción con el acuerdo de armisticio, el Reich se anexionó de nuevo Alsacia y Lorena. Les impuso el servicio militar obligatorio y un intenso programa de germanización. A lo largo de los años siguientes las demandas alemanas serían cada vez más exorbitantes y llevarían a la sistemática explotación de la economía francesa. La vuelta a la «normalidad», que muchos habían anhelado, no tuvo lugar; la razón obvia fue la continuación de la guerra. Contra todo pronóstico, los británicos decidieron seguir luchando. Los alemanes, incapaces de superarlos en el aire, fracasaron en su intento de invadir Inglaterra a través del Canal y, finalmente, se dirigieron hacia el este en busca de su *Lebensraum* (espacio vital). A corto plazo, la preocupación principal de los ocupantes era utilizar los recursos franceses y mantener una base segura para la acción militar.



Figura 14. La división de Francia en 1940 (fuente: J.-P. Azema, *From Munich to the Liberation, 1938-1944*, Cambridge University Press, 1984).

A largo plazo, una vez asegurada la victoria final, Francia debía convertirse en el mercado y terreno de juego europeo. Parecía más sensato mantener a los franceses en la ignorancia de estos planes y animarlos a regatear en un intento por mejorar su posición dentro de una Europa bajo dominio alemán.

Para muchos franceses, y sobre todo para la derecha, la causa de la derrota era la decadencia nacional. No obstante, constituía una oportunidad histórica para emprender el cambio. Al igual que muchos otros militares, el hombre hacia el que se volvió el país en busca de liderato, el mariscal Pétain, se sentía atraído por la idea de un gobierno fuerte y autoritario. Los políticos y la política parlamentaria sólo le inspiraban



Lámina 45. La nueva germanización de Alsacia. Un desfile nazi en Estrasburgo en octubre de 1941. Los jóvenes podían ser reclutados para servir en las fuerzas armadas alemanas. Foto: Taillandier.

desprecio. El 1 de julio designó a los miembros del gobierno en las pequeñas e incómodas habitaciones de hotel balneario de Vichy, con la intención de un pronto retorno a París. La desmoralizada Asamblea Nacional había encargado a Pétain, por 569 votos a favor frente a 80 en contra, la elaboración del proyecto de una nueva Constitución y le había otorgado mientras tanto «pleno poder ejecutivo y legislativo [...] sin restricciones». El mariscal y sus consejeros empezaron a diseñar una «revolución nacional». Las «resoluciones constitucionales» de julio concentraban en la persona del mariscal los poderes de presidente y de primer ministro, con derecho a designar a su sucesor y, en ausencia de una Asamblea electa, la capacidad de ejercer la potestad legislativa mediante un Consejo de Ministros compuesto por miembros designados por él mismo. Pétain, muy sensible a la veneración popular de la que era objeto, había decidido gobernar pese a sus ochenta y cuatro años. De hecho, se mantuvo alerta políticamente, lo que creó gran frustración a sus aliados jóvenes. Eligió como su representante a Pierre Laval, prototipo del político manipulador de la Tercera República y cuatro veces

primer ministro. Laval no quería perder el tiempo con elevadas consideraciones sobre la regeneración nacional. Era un hombre pragmático decidido a mejorar las relaciones con Alemania y al mismo tiempo preservar, en la medida de lo posible, la soberanía francesa. Sus ambiciones lo llevaron a su destitución en diciembre de 1940. Pero, a partir de abril de 1942, gracias al apoyo alemán, logró ser la figura dominante del régimen de Vichy, aunque no cabe duda de que las decisiones políticas importantes siguieron precisando del apoyo del mariscal.

La visión de Pétain podría resumirse en la fórmula «trabajo, familia, patria» (*travail, famille, patrie*), que sustituía a la divisa republicana *liberté, fraternité, égalité*. Su sueño era restablecer las virtudes del trabajo duro, la honestidad y el respeto por los superiores que, en su opinión, regían la sociedad rural. La nota dominante en las declaraciones gubernamentales no era tanto el fascismo sino un tradicionalismo vinculado a movimientos derechistas como Action française. En muchos aspectos se hacía eco del régimen de «orden moral» de la década de 1870, erigido, asimismo, sobre una derrota humillante. Incluso nacionalistas antigermanos, como el general Weygand, podían apoyar unas medidas que consideraban esenciales para la regeneración nacional y condenar el tipo de indisciplina ejemplificada en el desafío de De Gaulle al legítimo gobierno de Francia.

Al margen de la multitud de propósitos confusos, y a menudo contradictorios, los partidarios más devotos del régimen compartían una serie de intenciones. Entre ellas destacaba el permanente anhelo conservador de un gobierno fuerte como respuesta a la amenaza de revolución social, de la que el Frente Popular era tan sólo su más reciente manifestación. Deseaban un gobierno de elites, la protección de la propiedad privada, la armonía social y el orden. Por encima de todo, los unía su común hostilidad hacia los supuestos culpables de la humillación nacional: maestros, judíos, francmasones y bolcheviques. Había que excluirlos de la comunidad nacional y apartarlos de sus puestos en la función pública (unos 35.000 despidos) y profesiones. En este contexto de revolución cultural, la adecuada formación de la juventud adquirió una gran importancia como instrumento de protección del orden y de la jerarquía social. La posición de la clase dominante estaría garantizada restringiendo aún más el acceso a la educación secundaria y reafirmando su fundamento clasista; los demás grupos sociales recibirían una instrucción que no alimentase ambicio-

nes irrealizables. Los maestros que desearan mantener su puesto deberían cantar las alabanzas del régimen. Se enfatizó la responsabilidad de los progenitores y se pusieron los medios para reducir el número de mujeres que trabajaban fuera del hogar, al tiempo que se glorificaba su papel de madres y esposas. Sólo la creciente escasez de personal detuvo el despido de las funcionarias casadas.

Al menos inicialmente, el régimen de Vichy obtuvo un amplio apoyo por parte de una población aturdida por la rapidez y consecuencias de la derrota: no había otra alternativa real. Y, además, el gobierno de Pétain era el legítimo sucesor de la desacreditada Tercera República, aunque lo más relevante fue la asunción por parte del mariscal de las cualidades místicas de *padre* y *redentor* de la patria, en la «atroz situación» resultante del hecho de que «el destino de Francia ya no depende de los franceses» (Bloch). Sólo él podía prometer protección frente al invasor. Un culto de la personalidad se fabricó y mantuvo en carteles y canciones, en las esferas de la prensa, la radio y los periódicos que se hallaban bajo control, en toda clase de recuerdos, con giras provinciales de Pétain, en las escuelas y los grupos juveniles, y en fiestas públicas como la que —con significado, por no decir otra cosa, ambiguo— glorificaba a Juana de Arco. Mediante la intercepción de cartas y el pinchazo de líneas telefónicas, el régimen estaba también decidido a asegurarse de estar informado sobre el estado de la opinión pública.

Durante la mayor parte del régimen de Vichy, el sentimiento de absoluta derrota y el deseo de preservar la apariencia de normalidad llevaron a la mayor parte de la población a refugiarse en la intimidad de sus hogares e intentar obtener de la situación el mayor partido posible. Algunos grupos parecieron prestar más apoyo al régimen que otros. Incluían a las elites de los grandes empresarios y los terratenientes tradicionales, los altos funcionarios y muchos de los notables locales, que como alcaldes continuaban desempeñando un importante papel en la Administración local. En concreto, los católicos se alegraron por la adhesión del régimen a las enseñanzas religiosas de moralidad, familia e importancia de los valores espirituales, y por su actitud favorable a la educación religiosa. El cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon, afirmó que, «si hubiésemos salido victoriosos, probablemente seguiríamos siendo prisioneros de nuestros errores. Mediante la secularización, Francia se encontraba en peligro de muerte». Pese a que algunos clérigos censuraron, a título individual, al gobierno de Vichy



Lámina 46. El mariscal Pétain y Pierre Laval en Vichy en noviembre de 1942, acompañados por los cardenales Suhard y Gerlier. Como en la década de 1870, tras la catástrofe previa, el Estado y la Iglesia decidieron colaborar en el restablecimiento del orden moral. © Roger-Viollet/TopFoto.

y las medidas alemanas y, especialmente, el trato de que eran objeto los judíos, la jerarquía eclesiástica se mantuvo fiel al régimen, y aun en febrero de 1944 calificó a la resistencia de «terrorismo».

Sin embargo, se mantuvo la permanente tensión entre la ideología tradicionalista del régimen y los problemas que se le presentaban en la práctica, como la organización y necesidades materiales de una sociedad urbana moderna, o la obligación de satisfacer las insaciables exigencias del invasor. La economía se subordinó de manera creciente a los intereses alemanes. En 1943 se exportó a Alemania el 15 por 100 del producto agrícola y el 40 por 100 del industrial a título de costes de la ocupación, cuya carga se había hecho aún más pesada debido a la sobrevaluación del tipo de cambio del marco. Se estima que los pagos franceses a Alemania representaron en ese mismo año el 36,6 por 100 de la renta nacional y equivalían a una cuarta parte del producto nacional bruto de la Alemania de preguerra. Con todo, estos datos no tienen en cuenta la contribución efectuada por el gran número de trabajadores franceses que se encontraban en Alemania, ni los bienes y servicios que las tropas alemanas consumieron en Francia.

Ciertamente, si contabilizásemos la demanda de las fuerzas de ocupación, habría que deducir que una tercera parte de la fuerza de trabajo francesa se empleó en cubrir las necesidades alemanas. Francia, en efecto, contribuyó sobremanera al esfuerzo bélico alemán. Para ello, el gobierno fomentó las virtudes de la sociedad rural y «la vuelta a la tierra», como baluarte contra el avance del materialismo, mientras se veía obligado a estimular el *remembrement*, es decir, la consolidación de las pequeñas explotaciones, con el fin de incrementar la productividad. La *corporation* campesina creada en diciembre de 1940 como sistema de autorregulación de los productores se convirtió muy pronto en un instrumento burocrático de intervención estatal del mercado para establecer cuotas de producción y fijar precios... en niveles de los que los campesinos estaban decididos a hacer caso omiso.

También en industria, la demanda alemana exigió igualmente una planificación, precursora de la tecnocracia de posguerra. La retórica paternalista y las estructuras corporativistas que debían unir a patrones y trabajadores acabaron por ser la cobertura de una política cada vez más favorable a los empresarios. En agosto de 1940 se prohibieron las federaciones de sindicatos y las pocas huelgas que se efectuaron, como la de los mineros del norte en mayo de 1941, fueron objeto de una brutal represión. Muchos empresarios aceptaron gustosamente una situación que les parecía la contrapartida del Frente Popular y que garantizaba la libertad de empresa. Ofrecía una oportunidad inmejorable a los que podían vender productos que escaseaban, ya fuesen alimentos para los franceses o vehículos para los alemanes. En una economía por lo demás en depresión, la tentación de producir bienes para el invasor era a menudo irresistible. La productividad, sin embargo, cayó considerablemente como resultado de la escasez de personal y la desmoralización de una población activa mal alimentada.

La vuelta de Laval al gobierno en abril de 1942 simbolizó la victoria de los pragmáticos frente a los tradicionalistas y el abandono efectivo de un sueño. A pesar de que el régimen siguió beneficiándose sobremanera del prestigio personal del mariscal Pétain, la fuerza motriz de sus actividades fue cambiando progresivamente, y de la restauración de Francia pasó a la participación en la cada vez más desesperada cruzada de los alemanes contra la amenaza bolchevique a Europa. Al principio sólo un pequeño grupo de políticos e intelectuales fascistas celebró abiertamente la victoria alemana, como Marcel Déat y Doriot, por una

parte, y Robert Brasillach, Pierre Drieu La Rochelle y Louis-Ferdinand Céline, por otra. Despreciaban tanto al antiguo régimen liberal democrático como a los valores conservadores y tradicionalistas a los que se adhería el nuevo régimen. Como consecuencia, el gobierno de Vichy los mantuvo a distancia hasta sus postrimerías. No obstante, constituyeron el núcleo duro del «colaboracionismo» comprometido. Para los alemanes fueron una amenaza muy útil, el fundamento de un posible gobierno alternativo y un medio de ejercer presión sobre el de Vichy.

Al principio su actividad se centró en París, a través de los diarios subvencionados por los alemanes. Antiguos marginados, se vieron de pronto con una invitación a participar de los placeres de la alta sociedad parisiense. En París, el Parti Populaire Français de Jacques Doriot ayudó a organizar la Legión Antibolchevique, por la que 12.500 voluntarios franceses vistieron el uniforme alemán y fueron a combatir a los rusos. Marcel Déat y Joseph Darnand fueron los únicos fascistas que obtendrían finalmente una cartera, al ser nombrados en diciembre de 1943 ministro de Trabajo y secretario general para el Mantenimiento del Orden, respectivamente, aunque algunos simpatizantes como Pucheu (ministro de Industria y después de Interior), Jacques Benoist-Méchin (responsable de las relaciones con Alemania) y Ferdinand Marion (ministro de Propaganda) también ocuparon puesto clave en el gobierno. Su incorporación no se produjo hasta que los conservadores tradicionalistas comenzaron a desertar, cuando se dieron cuenta de que la guerra podía saldarse con la derrota alemana.

Evidentemente, el colaboracionismo no fue un fenómeno que afectase tan sólo a los políticos; toda la población hubo de adaptarse al dominio alemán. La vida está llena de ambigüedades. La colaboración podía deberse a un comportamiento calculado o a una relación accidental. A menudo el trabajo hacía inevitable el contacto con las fuerzas de ocupación, como en el caso de los funcionarios del gobierno, en los trabajos de ingeniería, en las redes ferroviarias o en un café. Muchos funcionarios se limitaron a proseguir la actividad que desempeñaban antes de la guerra. En principio era la manera de mantener su salario y su derecho de jubilación, pero también implicaba un respeto por la aparente continuidad del Estado francés. Posteriormente, los mantuvo en su puesto la pura inercia y la falta de un empleo alternativo, pero también la lealtad profesional y la determinación de preservar una sociedad en orden.



Lámina 47. Mineros franceses trabajando bajo supervisión alemana. © Roger-Viollet/TopFoto.

Se intentó crear una organización popular comprometida con Vichy, llamando en nombre del mariscal Pétain a los veteranos de la Primera Guerra Mundial a formar parte de la *Légion française des combattants*, la cual a comienzos de 1941 contaba con 590.000 miembros, un periódico y un programa de radio diario. Los diversos grupos de colaboracionistas que se peleaban entre sí también llegaron a atraer a unos 220.000 miembros hacia la cima que alcanzaron a finales de 1942, en buena parte procedentes de las clases medias bajas urbanas. Sin embargo, lo extremo de sus opiniones pareció limitar su poder de captación. En la práctica debía incrementar las filas del cuerpo de funcionarios y convertirse en el eslabón que uniese al gobierno con las masas. En el ámbito local, se designó, más que se eligió, a los alcaldes y se procedió a la purga de los Ayuntamientos. La creciente dificultad de la situación económica y la carestía hacían necesario una mayor intervención estatal y el apoyo del aparato policial del Estado. Esta afirmación de la primacía de la Administración pública sobre la política satisfacía a muchos funcionarios, aun cuando molestaba a los partidarios tradicionalistas del regionalismo y la Administración descentralizada.

De esta manera, bajo el régimen de Vichy se impuso el dominio de una elite social y administrativa que no había sido elegida pero que, a través del cuerpo de funcionarios, ejercía un control sobre las instituciones locales de gobierno y las corporaciones. A falta de un electorado que conquistar, estaba muy bien situada para favorecer sus propios intereses sectoriales.

En concreto, al comienzo del periodo que siguió al armisticio, se dejó un grado considerable de iniciativa a las autoridades del régimen, aunque el reconocimiento efectivo de su soberanía en la zona ocupada dependió ya por entonces, y pese al acuerdo de armisticio, del capricho de los ocupantes. Las autoridades alemanas impidieron la ampliación de la organización juvenil a la que el régimen de Vichy otorgaba tanta importancia como agente de la regeneración moral. La colaboración, no obstante, parecía ser, cada vez más, la vía necesaria para participar en términos relativamente favorables en la nueva Europa que Alemania construía. El 24 de octubre de 1940 Pétain celebró un encuentro con Hitler en Montoire, y en el discurso del 31 de octubre declaró: «Entro hoy en la senda de la colaboración con honor y para mantener la unidad francesa [...] en el marco de una actividad que

creará un nuevo orden europeo». Por otro lado, el enojo que produjeron el ataque británico a Mers el-Kebir y la toma por parte de la Francia Libre del África ecuatorial, junto con la firme decisión de mantener el Imperio, avivaron el interés por llegar a un acuerdo con los alemanes. La determinación de resistir estas incursiones por la fuerza –tal y como mostraron el éxito de la defensa de Dakar de septiembre de 1940 y los duros enfrentamientos entre junio y julio de 1941 en Siria– no llegó a desembocar en el deseo de aliarse con Alemania en la guerra contra Gran Bretaña. Aunque es probable que la razón fundamental fuera la preferencia del propio Hitler por mantener una Francia neutral, lo que evitaría la extensión de la guerra y la apertura de nuevos frentes.

A cambio de la colaboración Vichy esperaba obtener algunas concesiones en los términos del armisticio, la liberación de los casi dos millones de prisioneros de guerra en poder de los alemanes y, finalmente, un tratado de paz favorable. Pero los alemanes no estaban dispuestos a responder a la insistencia de Laval sobre la conveniencia de mostrar a los franceses los beneficios de la colaboración. Su fracaso en este terreno y la posibilidad, como creía Pétain, de que estuviese acumulando demasiado poder condujeron a su destitución en diciembre de 1940. Con ello se confirmaron las dudas de Hitler respecto a la sinceridad de las intenciones francesas. Pese a todo, se siguió buscando desesperadamente un acuerdo general que rigiese las relaciones franco-alemanas. El almirante François Darlan, que hacia febrero de 1941 se convirtió en el ministro más poderoso de Vichy, aspiraba a que Francia pudiese ocupar el papel marítimo y colonial de la debilitada Inglaterra. La vuelta al gobierno de Laval, el político francés al que Hitler detestaba menos y, por tanto, cada vez más independiente de Pétain, implicaba un nuevo compromiso en la estrategia colaboracionista. Sin embargo, esto tuvo lugar en un momento –abril de 1942– en el que los alemanes aumentaron la presión sobre Francia, conscientes de las consecuencias de una guerra larga. Laval intentó sacar partido de la situación y obtener concesiones de los alemanes a cambio de la «importante ayuda económica». El 13 de diciembre de 1942 mencionó por primera vez la posibilidad de una alianza militar «para salvar a nuestra civilización de la caída en el comunismo», pero negociaba desde una posición de extrema debilidad y obtuvo escaso eco. No obstante, ni siquiera el claro incumplimiento de las condiciones del

armisticio que constituían los desembarcos de los aliados en el norte de África y el posterior adentramiento alemán en la zona no ocupada el 11 de noviembre de 1942 desviaron a Vichy de la senda de la colaboración. Los alemanes pudieron disolver el ejército del armisticio sin prácticamente encontrar resistencia. En el mismo norte de África, sin embargo, la orden de Pétain de enfrentarse a los aliados fue contravenida por Darlan, quien casualmente estaba visitando la zona. El ejército, así salvado de la destrucción, iba a entrar de nuevo en la guerra del lado aliado, a pesar de seguir bajo el mando de oficiales principalmente pétainistas.

En la misma Francia, la credibilidad del régimen fue decreciendo rápidamente. Cada vez resultaba más evidente que había sido reducido a un estado de completa dependencia y sumisión creciente. Satisfacer las demandas de la economía de guerra alemana y proteger la seguridad de sus fuerzas militares se volvió de primordial importancia. También se estaba haciendo evidente que Vichy había optado por apoyar al bando perdedor en la guerra. Podría haber sido de otro modo si Gran Bretaña hubiese llamado a la paz, como se había esperado que con seguridad sucedería. Sin embargo, incluso en ese caso lo mejor que Francia podría haber esperado habría sido el estatus de un Estado clientelar favorecido en una Europa subordinada a las necesidades alemanas. Conforme la situación evolucionó, el régimen de Vichy se comprometió más y más con una política reaccionaria que favorecía a las elites existentes y a la Iglesia católica, en buena medida a expensas de las clases más pobres, las cuales quedaban sometidas a los controles paternalistas y autoritarios de la derecha. En la práctica, iban a experimentar poco más que la escasez en los bienes de primera necesidad, una dura disciplina laboral, la pérdida de derechos democráticos y la represión policial. Paulatinamente, la única —y cada vez más improbable— esperanza del régimen era una especie de paz de compromiso. Mientras esta llegaba, trataba de defenderse contra una oposición interna rampante.

Más tarde se diría que Vichy había servido como «escudo de protección» ante desafueros aún peores, que quizá podrían haber llevado a Francia a la situación de Polonia. Sin embargo, la «revolución nacional» y la legislación antimasonica y antisemita de 1940 fueron medidas políticas del propio régimen; la última precedió en dos años a la presión alemana para colaborar en la «solución final» de la cuestión judía. El antisemitismo de Vichy era más nacionalista y católico que

racista, y reflejaba los prejuicios de buena parte de la población. Ciertamente, el armisticio obligó al gobierno francés a repatriar a los refugiados judíos de origen alemán que habían buscado cobijo en Francia, pero el Estatuto de los Judíos del 3 de octubre de 1940 fue ante todo una iniciativa francesa. Excluía a los judíos franceses de cualquier cargo electivo, de la función pública, la enseñanza y el periodismo, e impuso cuotas para su acceso a la mayor parte de las profesiones. Las excepciones fueron los veteranos de guerra y algunas familias establecidas desde hacía mucho tiempo en Francia, a los que se consideró bastante asimilados. Por lo demás, y como perverso instrumento para preservar los jirones de su soberanía, el régimen ejecutó cada vez más, como si fuesen suyas, las medidas del invasor. En la Francia ocupada se incautaron las propiedades judías con la colaboración de Vichy. Desde el verano de 1941 se efectuaron redadas de judíos extranjeros y se los deportó. Más que a ningún otro grupo, a ellos se los veía como prescindibles, y su sacrificio como un medio útil de mejorar las relaciones con el ocupante. El 16 y el 17 de julio de 1942, la policía arrestó en París a 12.884 judíos, incluidos 4.051 niños, y a muchos de ellos se los alojó en condiciones atroces en el velódromo Vel'd'hiv en espera de la deportación. Después, se extendieron estas medidas al territorio no ocupado como parte de una política de uniformización legislativa del territorio esperando que este espíritu de cooperación facilitara la extensión de la autoridad civil del Estado de Vichy en la zona alemana. Además, el régimen confiaba en participar de los beneficios que supondría la incautación y venta de los bienes judíos. Esto afectó a unos 40.000 negocios —tiendas de barrio lo mismo que grandes empresas—, cuyos propietarios se vieron en consecuencia privados de su medio de subsistencia.

Los partidarios del gobierno de Vichy han señalado que *sólo* el 26 por 100 de los 350.000 judíos extranjeros residentes en Francia fueron deportados y que, de estos, unos 24.000 eran ciudadanos franceses. Con honrosas excepciones, algunas familias francesas escondieron a muchos judíos corriendo un gran riesgo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la acción contra los judíos franceses se llevó a cabo con la cooperación oficial de las autoridades nacionales y la activa colaboración de la policía. En agosto de 1942 el arzobispo Saliège de Toulouse y otros cuatro prelados franceses protestaron; sin embargo, la simpatía del pueblo se mobilizó sólo gradualmente.



Lámina 48. Ejecución de jóvenes miembros de la Resistencia por tropas alemanas.
© Roger-Viollet/TopFoto.

El proyecto de mayo de 1942 con el que se pretendía animar a los obreros franceses a trabajar voluntariamente en Alemania fue un éxito porque posponía —aunque sólo hasta agosto— la intención alemana de recurrir al reclutamiento obligatorio. En total, marcharon a Alemania unos 40.000 voluntarios, casi siempre desempleados, y 650.000 trabajadores forzosos como parte del Service du Travail Obligatoire (STO). Por otro lado, alrededor de cuatro millones también trabajaron en Francia, en algún momento, para los ocupantes. El intento de muchos hombres jóvenes de escapar al STO reforzó la hostilidad e incluso la resistencia activa contra el gobierno francés y la ocupación alemana. Pero la creciente dificultad para mantener el orden público llevó a Vichy a endurecer las formas de represión, desatándose una guerra contra sus enemigos internos que contribuiría a destruir su legitimidad. La Administración francesa y su policía, apoyada por los 45.000 voluntarios de la *milice* creada en enero de 1943 como fuerza auxiliar para mantener el orden, se enzarzaron en una guerra civil y actuaron como agentes de los ocupantes. Los asistía una inmensa multitud de denunciantes anónimos deseosos de saldar antiguas cuentas, un síntoma indicativo de la profunda desmoralización.

El régimen colaboró estrechamente con los alemanes para conservar alguna autonomía pero también por deseo expreso de participar en la lucha contra el comunismo y otras formas de «terrorismo». Progresivamente, la colaboración fue orientándose hacia la propia preservación. La liberación a manos de los aliados amenazaba con convertir a Francia, de nuevo, en un campo de batalla y desatar la guerra civil. Los éxitos del ejército Rojo acentuaban este temor. Seguramente el número de mujeres y hombres franceses que colaboraron entre 1943 y 1944 con la policía y con grupos como la *milice* en defensa de la «ley y el orden» y contra los «bandidos» equivale al de los que participaron en la Resistencia. En total, se dio muerte a unos 40.000 miembros de la Resistencia y rehenes; 60.000 fueron deportados a campos de concentración acusados de «gaullismo, marxismo u hostilidad al régimen», mientras que otros 100.000 fueron deportados a causa de su raza. Con el nombramiento de Joseph Darnand como jefe de Seguridad, en diciembre de 1943, la acción policial se tornó cada vez más brutal, practicándose la tortura y la ejecución de rehenes, pese a que en esta fase la acción de los alemanes contra la Resistencia fue aún más decisiva. La inminencia del desembarco aliado intensificó la crueldad de la represión, que alcanzó niveles de paroxismo tras el *día D*, cuando, en el pánico de la retirada, las fuerzas alemanas mataron indiscriminadamente a civiles inocentes y a miembros de la Resistencia. En total se asesinó a unos 40.000 resistentes o rehenes, y 60.000 fueron deportados a campos de concentración por «gaullismo, marxismo u hostilidad al régimen».

La Resistencia se había desarrollado lentamente. Tras la derrota no había muchas más alternativas que la «acomodación» (Burrin) y sacarle el mayor partido posible a la situación. A la gente la absorbía cada vez más la lucha por llegar a fin de mes y evitar los problemas. El cine y en muchos casos la religión constituían vías de escape de una realidad a menudo dura y de la soledad experimentada por las numerosas mujeres cuyos maridos eran prisioneros de guerra. La mayor parte de la población había apoyado los esfuerzos del régimen de Vichy por sacar el mayor partido posible de la situación y, al principio, se vio gratamente sorprendida por el inusual comportamiento disciplinado de las fuerzas ocupantes. Sin embargo, había un deseo general de verlos partir y de aguardar, por tanto, con esperanza la victoria aliada. Las pintadas, el acuchillamiento de los carteles oficiales, el abucheo de los

noticiarios en el cine, actos menores de sabotaje y la sintonización de la BBC eran síntomas todos ellos del descontento generalizado. La profunda desmoralización de gran parte de la población, junto con la ansiedad causada por la creciente brutalidad de los ocupantes, no se traducían sin embargo en una oposición activa. La Resistencia procedía de diversas fuentes, y en su desarrollo adoptó distintas formas. Las primeras señales procedieron de la publicación clandestina en noviembre y diciembre de 1940 de los periódicos *Combat*, de Henry Frenay, y *Libération*, de Robert Lacoste y Christian Pineau. Uno y otro intervinieron para contrarrestar el paralizador sentido de aislamiento que reinaba entre los potenciales opositores. La Resistencia partió de la nada y el proceso de aprendizaje tuvo un coste elevado. Tal fue el caso de los escasos enfrentamientos públicos, como la manifestación de estudiantes de París del día del armisticio, el 11 de noviembre de 1940, o la huelga de los mineros del nordeste de mayo de 1941. En ambos casos el motivo principal fue la carestía, pero el prefecto de Vichy y los alemanes lo interpretaron como agitación comunista. No obstante, los ocupantes no empezaron a inquietarse seriamente hasta junio-agosto de 1941, tras la invasión de Rusia y la participación plena de los comunistas en la Resistencia. En este momento comenzó un círculo vicioso por el que a cada acción se respondía con la salvaje represión que pronto aumentó la animadversión contra el ocupante. El deterioro del nivel de vida, el avance de las tropas alemanas sobre el territorio no ocupado y el reclutamiento forzoso de trabajadores hacia Alemania marcaron nuevas etapas en el aumento de la resistencia frente al invasor y, cada vez más, contra el desacreditado régimen de Vichy. Los éxitos militares aliados contribuyeron a crear un nuevo clima de esperanza.

Distintos motivos inspiraban diversas formas de resistencia. Inicialmente, estas adoptaron la forma de una serie de iniciativas inconexas en localidades concretas, especialmente urbanas, llevadas a cabo por pequeños grupos de personas de ideas afines con vínculos de parentesco, amistad, profesión, religiosos o de actitudes políticas. Se contaban entre ellas oficiales políticamente conservadores alistados en el ejército de Vichy, funcionarios públicos o intelectuales que se reunían en el Museo del Hombre de París. Los trabajadores, sometidos a la represión y la explotación alemanas y al autoritarismo de Vichy, eran también importantes, dada la impenetrabilidad para la policía de

algunos barrios de París, como el *faubourg* Montmartre, Les Halles o Belleville. Se desarrolló ante todo en la zona ocupada, donde el enemigo estaba siempre presente, mientras que en el sur la existencia de Vichy ocultaba más esta realidad. Las formas de resistencia fueron diversas y obedecieron a distintos motivos. Al principio se presentó como una serie de iniciativas inconexas en localidades concretas, llevadas a cabo por pequeños grupos de personas afines, bien por parentesco, amistad, profesión o actitud religiosa o política. En muchos casos, sobre todo en el área rural, era posible vivir en paz y tener muy poco contacto con el ocupante, aunque la confiscación oficial de alimentos acabó por alterar también a los campesinos. La lealtad al mariscal y el anticomunismo limitó la participación de los conservadores. No obstante, pese a la escasa implicación de las clases altas, no se debe subestimar el papel de las clases medias. Conforme Vichy y los alemanes fueron requiriendo más cosas de ellos, los funcionarios y la policía fueron estando menos convencidos de las virtudes de la colaboración, y siendo menos de fiar y, en especial a medida que aumentaba la perspectiva de una victoria aliada, más decididos a evitar comprometerse. Gradualmente, la maquinaria del Estado comenzó a desintegrarse. El futuro presidente socialista, François Mitterrand, de extrema derecha en la preguerra, se convirtió de funcionario leal y muy condecorado de Vichy a miembro activo de la Resistencia, a pesar de que nunca dejara de venerar al mariscal Pétain.

Las actitudes y filiaciones cambiaron con el paso del tiempo. El apoyo de los distintos grupos sociales aumentó progresivamente como reacción patriótica frente a la humillación del gobierno, y como respuesta humanitaria, a menudo inspirada en principios cristianos, ante el racismo y la brutalidad nazi. Además, la reacción de los individuos dependió de sus convicciones políticas y de sus experiencias en el trato con las fuerzas de ocupación, que variaban mucho de una localidad a otra. El primer grupo político que respondió a la represión de los sindicatos y a la pérdida de las libertades civiles y políticas fue el socialista. La directriz oficial de los comunistas, consecuencia del pacto germano-soviético, era evitar el enfrentamiento con el ocupante, mientras tachaba de «traidores» a los miembros de Vichy. Sin embargo, la publicación clandestina *L'Humanité* adoptó un tono cada vez más hostil, incluso antes de la invasión de la Unión Soviética, aumentó el sabotaje industrial y se prepararon almacenes de armas. Finalmente, la

participación plena de los comunistas tuvo una fuerte repercusión, pues aumentó el número y la capacidad de lucha de la Resistencia. Por lo demás, la decisión convirtió al Partido Comunista en una fuerza política de primera magnitud. Aunque, al igual que en la *milice*, los activistas procedían de todo el espectro social, la Resistencia daba a menudo la impresión de ser un instrumento para continuar la lucha de clases.

Entre los grupos sociales pobres, más afectados por la carestía y las privaciones, reinaba un ambiente de protesta y animadversión contra los más acomodados. El reforzamiento de la autoridad de los empresarios, la persecución de los sindicalistas y la ampliación de la jornada laboral suscitaron mayor descontento. La caída de los niveles de producción, la imposibilidad de acceder a los mercados ultramarinos, las adquisiciones alemanas y la reticencia de los campesinos a vender sus productos en el mercado libre cuando se podía comprar tan poco con sus ingresos contribuyeron a crear una penuria sin igual desde finales del siglo XVIII. En septiembre de 1940 se racionó el pan y a finales de 1941 se impuso el racionamiento a muchos otros productos. Hacia 1943 la dieta impuesta oficialmente por el racionamiento alcanzaba sólo 1.200 calorías, muy por debajo, por tanto, de las 1.700 que suelen ser recomendadas. Al año siguiente la tasa de mortalidad alcanzó el 19,1 por cada 1.000 habitantes, lo que contrastaba con el 15,3 del periodo anterior a la guerra. La situación de las mujeres era especialmente penosa, pues tenían que esperar durante horas en largas colas para poder alimentar a sus familias. Creció la obsesión respecto a cómo cubrir las necesidades físicas inmediatas y, como era de esperar, los que podían acudir al mercado negro. Los cortes de energía y la carestía de combustible para calentarse acentuaron el sufrimiento de una población, por lo demás, castigada por la frecuencia de las redadas policiales, la deportación para trabajos forzados y los ataques aéreos de los aliados (que provocaron un total de 60.000 muertos).

Los distintos grupos y redes locales que componían la Resistencia ajustaron cada vez más su actuación a la influencia de los británicos y de la Francia Libre, y desarrollaron todo un abanico de funciones: desde el acopio de información sobre movimientos de tropas, la habilidad de los ferroviarios, la distribución de panfletos y diarios, la preparación de escondites y las vías de escape para sospechosos políticos, refugiados judíos y militares aliados, hasta el sabotaje y el asesinato. La

actividad guerrillera comenzó en 1943 en zonas escasamente pobladas del centro y el sur. Se trataba de grandes grupos armados, compuestos por jóvenes que habían escapado al reclutamiento para trabajos forzados en Alemania, adiestrados por los escasos oficiales del ejército que simpatizaban con la Resistencia y por los experimentados refugiados de la República española. A principios de 1944 la Resistencia debió de contar probablemente con unos 30.000 miembros. Su actividad era extremadamente peligrosa; eran frecuentes los infiltrados y, en caso de captura, podían contar con la tortura y una muerte terrible. A ello se le añadía la preocupación de que las autoridades alemanas se vengasen en sus familias y sobre inocentes rehenes.

La cooperación entre los distintos grupos locales se desarrolló lentamente a causa de los riesgos que implicaba el darse a conocer y a la mutua desconfianza política. Al principio, la repercusión de los franceses libres asentados en Londres fue muy limitada. Los británicos y, sobre todo, los estadounidenses contemplaban todavía la posibilidad de negociar con Vichy. A pesar de que el apoyo inicial de Churchill a De Gaulle se debió tan sólo a la falta de una alternativa mejor, la constante negativa del general a reconocer la legitimidad del gobierno de Vichy, su absoluta intransigencia en la defensa de lo que consideraba los intereses vitales de Francia y el poder militar que fue adquiriendo al liberarse parte del territorio colonial mejoraron lentamente su posición ante los aliados. Sin embargo, esto no bastó para resarcir al general de lo que consideraba una dependencia humillante. Los Franceses Libres se vieron excluidos de los desembarcos aliados en el norte de África en noviembre de 1942, tras lo cual los estadounidenses hicieron todos los esfuerzos por negociar con el pétainista almirante Darlan y, después del asesinato de este, con el incapaz general Giraud. Aunque Churchill admitió que no había alternativa real a De Gaulle, el presidente estadounidense Franklin Roosevelt siguió resistiéndose, incluso durante la liberación al reconocimiento de una Administración liderada por alguien al que él percibía como un general no elegido y escandaloso.

Aun así, la posición del líder de la Francia libre cambió de forma radical en mayo de 1943, cuando se creó el Conseil National de la Résistance (CNR), compuesto por los representantes de los grupos políticos y organizaciones de la Resistencia. Uno de sus líderes, el antiguo prefecto Jean Moulin, miembro de Combat, un grupo de Lyon

de inspiración católica, convenció a sus compañeros para que se manifestasen a favor de De Gaulle. Preferían recurrir a la Francia Libre para lograr ayuda y, en particular, las armas que tanto necesitaban, que acudir a los aliados. Además, De Gaulle estaba dispuesto a transigir hasta donde fuese necesario con tal de ganar autoridad en Francia, y en concreto para comprometerse con el restablecimiento de la democracia una vez finalizada la guerra. El creciente apoyo a De Gaulle por parte de la Resistencia en el interior, la determinación del general de impedir el triunfo del comunismo en la Francia de posguerra y la manifiesta incompetencia de sus posibles rivales obligaron a los aliados a aceptar su preeminencia y reconocer el estatus del Comité Français de Libération Nationale. El Comité lo fundaron en junio de 1943 algunos líderes de la Resistencia y antiguos políticos de la Tercera República, como Vincent Auriol y Mendès-France. Fue adoptando el carácter de un Gobierno Provisional con un ejército regular de 500.000 hombres, compuesto en el norte de África y equipado por los aliados.

Sin embargo, internamente siguieron perviviendo las grandes tensiones políticas, así como las divergencias en cuanto a táctica y objetivos. El arresto, tortura y muerte de Moulin en junio de 1943 fue un síntoma de los peligros de la resistencia, la repetida fragmentación de sus estructuras como resultado de la represión y los constantes esfuerzos por volver a consolidar sus actividades. La creciente influencia comunista en Francia era motivo de especial preocupación. Los comunistas, en particular, continuaron imaginando un futuro de lucha como preludio de la revolución social y no sólo contra el enemigo alemán, sino también contra las traicioneras clases dominantes. Esta actitud se oponía radicalmente a la de otros grupos más conservadores y prudentes cuya principal preocupación era preparar la acción que debía prestar auxilio a los aliados en el todavía lejano día de la liberación. Como consecuencia, el Front National de los comunistas y el de los Francs-Tireurs et Partisans Français se vieron, en general, privados de dinero y armas en comparación con los recursos que enviaban los franceses libres y el Ejecutivo británico para operaciones especiales a las organizaciones no comunistas de los Mouvements Unis de la Résistance y su Armée Secrète. La lucha por el poder en el mundo de la posguerra se gestó aun antes del desembarco de los aliados.

Con ayuda de su arrolladora superioridad aérea, el 6 de junio de 1944 las fuerzas aliadas desembarcaron en Normandía, logrando una

rápida concentración de fuerzas y una progresión a partir de las cabezas de puente. París fue liberado el 25 de agosto, y en el intervalo las tropas franco-estadounidenses desembarcaron en el sur, el 15 de agosto, y avanzaron por el valle del Ródano. A fines de año había sido liberada la mayor parte del país. La contribución de las fuerzas regulares francesas en los primeros desembarcos fue limitada, para gran disgusto de De Gaulle. La Resistencia tampoco había llamado al pueblo a la sublevación. Su papel principal en la gran estrategia aliada había consistido en retrasar la llegada de los refuerzos alemanes al frente de Normandía. A pesar de que la acción de los grupos comunistas y no comunistas había sido coordinada con bastante éxito por la estructura de mando general de las Forces françaises de l'intérieur (FFI), se había visto perjudicada por la falta de equipo militar. La ciudad de París, como muchas otras, pudo liberarse a sí misma tras la retirada de los alemanes hacia el este.

Eisenhower, comandante supremo de los aliados, había planeado evitar la ciudad y no correr el riesgo de involucrarse en una lucha de conquista casa por casa, pero esto significaba ignorar la resolución de los líderes de la Resistencia de desempeñar un papel más activo, en particular de los comunistas. La rebelión se inició el 19 de agosto y obtuvo el apoyo de la policía, supremos resistentes en el último minuto. A cambio, Eisenhower se vio obligado a enviar rápidamente a la Segunda División Acorazada Francesa de Leclerc. El 25 de agosto, desobedeciendo las órdenes de Hitler de luchar sobre las ruinas de la ciudad, el comandante alemán se rindió. El triunfo costó la vida a unas 3.000 personas, entre miembros de la Resistencia y civiles. Pese a haber desempeñado un papel secundario y subordinado, la participación de las fuerzas francesas en la liberación de París contribuyó en gran medida a devolver a los franceses la confianza en sí mismos. De Gaulle llegó a París por la tarde. Su discurso en el Hôtel-de-Ville puso de manifiesto su habitual genio para la fabricación de mitos: «¡París! ¡París humillado! ¡París roto! ¡París martirizado! ¡Pero ahora París liberado! Liberado por sí mismo, por su propia gente con la ayuda de los ejércitos de Francia, con el apoyo y la ayuda de Francia entera, de la Francia luchadora, de la Francia eterna». Además de reinstaurar la legitimidad del Estado, estaba decidido a recuperar una sensación de unidad nacional en torno a la leyenda de una resistencia heroica. El decisivo papel desempeñado por los comunistas en la liberación de París, e in-

cluso el de los aliados, fue convenientemente pasado por alto. Aunque la Resistencia desempeñó un papel esencialmente subordinado y secundario en la liberación, la contribución de las fuerzas francesas, incluidos muy particularmente los 24.000 miembros de las FFI [Fuerzas Francesas del Interior] que perdieron sus vidas, hizo mucho por restaurar la confianza de la nación en sí misma.

Ante tal embestida, finalmente Vichy se desintegró. Las autoridades alemanas obligaron al gobierno a desplazarse primero al este de Francia y, después, como auténticos cautivos, a la propia Alemania. En el ámbito local, la Administración se derrumbó. Sólo unos cuantos funcionarios ideológicamente fieles y miembros de la *milice* participaron en las últimas, y casi siempre feroces, persecuciones. La petición de Pétain a los franceses de que se mantuviesen neutrales fue desoída. Su primera preocupación, al parecer, consistía en garantizar una transferencia de poder ordenada y evitar las luchas internas. Tras tantos años de sufrimiento y opresión, había un peligro real de que la liberación degenerase en un ajuste de cuentas multitudinario y en la guerra civil, como el mariscal temía. Ciertamente, la perspectiva de la liberación creó una gran expectación tanto entre los miembros de la Resistencia como entre la masa pasiva de ciudadanos que se apuntaron en el último segundo a la cruzada antinazi. En este contexto, la izquierda política, reforzada por sus vínculos con la Resistencia, parecía representar el interés nacional. El programa del CNR fomentó en parte esta interpretación. Prometía dismantelar y nacionalizar los imperios económicos «de carácter feudal», encomendar a los trabajadores la planificación de una prosperidad mayor y mejor repartida y crear un sistema de Seguridad Social. Era el rechazo al individualismo de las clases propietarias y la aceptación de que la pobreza era tanto responsabilidad individual como del conjunto de la sociedad. Cuando los yacimientos de carbón en el Gard y en el norte de Francia fueron liberados, los mineros se negaron a reconocer la autoridad de los propietarios y llevaron a cabo una nacionalización *de facto*. Una vez más, un sentido milenario de la anticipación se desarrolló en algunos sectores de la comunidad, al mismo tiempo que el temor social alentó a los conservadores, fuera cual fuera su disfraz político, a prepararse para la lucha contra el comunismo.

Mientras que la Resistencia estuvo compuesta por gente de toda procedencia social, las elites tradicionales y los grandes empresarios no pudieron evitar totalmente ser identificados con la Tercera República

o con Vichy. Con el régimen también se derrumbó en buena medida la derecha. Los antiguos partidarios del autoritarismo hubieron de hacer frente a la pesadilla de una revolución social inspirada en el comunismo. En la práctica, la fase de peligro fue corta, tan sólo el intervalo de vacío de poder que transcurrió entre la caída del régimen hasta que su sucesor impuso su control. Con todo, en esta fase se ejecutó sumariamente a unos 10.000 supuestos colaboradores, una cifra bastante alta pero muy inferior a la que dieron después algunos conservadores, intentando empañar la reputación de la Resistencia. Tribunales legalmente constituidos dictaron otras 7.037 sentencias de muerte, aunque sólo se ejecutaron 1.500. Más de 40.000 personas fueron condenadas a penas de cárcel y otras 50.000 a la pérdida de derechos civiles. Muchas otras, en especial las mujeres que habían mantenido relaciones sentimentales con alemanes, fueron humilladas y paseadas por las calles con las cabezas rapadas. Tras una fase inicial de reacción violenta, los castigados pasaron a ser más los diseñadores de la política de Vichy que sus ejecutores, a menos que estos se hubieran mostrado particularmente celosos en el cumplimiento de su deber.

Las pasiones se fueron calmando gradualmente. Incluso Xavier Vallat, uno de los arquitectos de la legislación antisemita de Vichy en su calidad de jefe del Comisariado General para las Cuestiones Judías, fue condenado a sólo diez años de encarcelamiento. Sería puesto en libertad en 1949 y amnistiado cinco años después. Pétain y Laval hubieron de pasar por juicios sumamente partidistas. Aun así, sus abogados pudieron basar su defensa en el éxito de ambos en procurar una protección al menos parcial frente al ocupante. Otro mito conservador estaba en ciernes. No obstante, los dos fueron condenados a muerte. Laval fue fusilado, pero a Pétain se le conmutó la pena debido a su avanzada edad y su galopante senilidad. Los grupos de perfil alto como los intelectuales y los periodistas sufrieron mucho más que los dirigentes y empresarios que tan esenciales habían sido para el funcionamiento de la colaboración y que a menudo habían conseguido hacer de ella una alternativa muy provechosa. Más de 20.000 funcionarios fueron despedidos como parte de una purga especialmente severa en la policía. Sin embargo, en 1950 la mayoría de ellos habían sido readmitidos; la maquinaria del Estado sobrevivió prácticamente intacta. La continuidad parecía esencial para el buen funcionamiento del nuevo régimen y para la reafirmación de una democracia republicana cen-

tralizada sobre las iniciativas locales. Los altos funcionarios eran demasiado útiles como para someterlos a las sanciones que tal vez habrían merecido, y estaban lo bastante bien conectados como para ocultar sus acciones anteriores. Más aún, las personas que se sentían culpables de colaboración en cualquiera de sus formas, grandes o pequeñas, eran demasiadas como para que una investigación exhaustiva contara con un apoyo sostenido. En muchas zonas rurales y ciudades pequeñas, los grupos dirigentes tradicionales se reafirmaron rápidamente, a menudo para dominar los comités de liberación locales a fin, sostenían, de proteger «la integridad de las comunidades locales» (Gildea) y evitar una toma del poder por parte de los comunistas. En la práctica, la decisión de proseguir la guerra hasta la victoria final y dejar para luego la obra de reconstrucción sería prioritaria frente al castigo o la reforma social. Con el objetivo de crear una sensación de unidad y propósito nacional, De Gaulle insistió en que la inmensa mayoría de la población había apoyado o al menos simpatizado con la Resistencia. Este mito sobreviviría, en buena medida incontestado, hasta la década de los setenta, cuando el convincente documental de Marcel Ophuls *Le Chagrin et la pitié* y la obra del historiador estadounidense Robert Paxton reavivaron los recuerdos de los compromisos que formaron parte de la vida cotidiana bajo el régimen de Vichy.

A medida que la victoria aliada se iba haciendo más palpable, la población comenzó a pensar en el mundo de la posguerra. Dentro de la Resistencia la opinión más extendida era la de evitar la mera restauración del sistema político y social de preguerra y crear una sociedad más igualitaria. Los próximos a De Gaulle y los militares del ejército del norte de África que simpatizaban con Vichy temían a los muchos grupos dominados por el comunismo, que formaban parte del segmento mayor y más activo de la Resistencia. No cabía duda de que la tarea de imponer la autoridad de un nuevo gobierno acarrearía importantes peligros. La intención de los aliados había sido la de asegurar las zonas de retaguardia de los ejércitos, estableciendo un gobierno militar propio. Tal y como resultó, el Comité Francés de Liberación Nacional, la transferencia del poder se había preparado cuidadosamente. A comienzos de 1944 se habían creado jerarquías administrativas y militares secretas en paralelo con las del Estado de Vichy. Como delegado general de De Gaulle en Francia se nombró a Alexandre Parodi, con Jacques Chaban-Delmas como delegado militar nacional



Lámina 49. Ejecución de miembros de la *milice* en Grenoble en agosto de 1944.

y el general Koenig como comandante de las FFI. También se nombraron *commissaires* para sustituir a los prefectos de Vichy. Por lo general procedían de la elite social y política establecida —hombres como Michel Debré, antiguo alumno de la prestigiosa Sciences-Po y de la Escuela de Caballería de Saumur, que tomó posesión en Angers—, pero pertenecientes a una generación diferente, más joven que la de sus predecesores. El 2 de junio el Comité se había proclamado a sí mismo Gobierno Provisional y había diseñado un nuevo marco institucional. Incorporó al gobierno a distintas tendencias políticas, incluidos los comunistas, para mantener el equilibrio de poder con la Resistencia y lograr el consenso político.

En otro terreno, el recibimiento triunfal de De Gaulle en varias ciudades liberadas y sobre todo en París legitimó su figura como la encarnación del resurrecto Estado francés. La autoridad del Gobierno Provisional sobre la Resistencia se fortaleció por la incorporación de sus miembros en el ejército regular y por el desarme de los civiles, que fue emprendido en octubre. Con lo que a muchos miembros de la Resistencia debió de parecer una prisa casi indecente, fueron dejados de lado. Por su parte, y en interés de Francia y de la Unión Soviética, los comunistas estaban demasiado ocupados con la continuación de la guerra como para arriesgarse a una guerra civil. Su moderación suponía la perspectiva de apoyo de la población tras la victoria final. Mien-



Lámina 50. La liberación: el general De Gaulle desfila por los Campos Elíseos, 26 de agosto de 1944. Foto: Robert DOISNEAU/Gamma-Rapho/Getty Images.

tras tanto, todavía había mucho que hacer antes de la expulsión final del enemigo. Además, a la gente también había que alimentarla y evitar que se congelara durante el invierno sumamente duro de 1944-1945, y esto en medio de la devastación causada por la guerra. Las

redes de comunicaciones habían recibido los ataques de amigos y enemigos por igual. Los combustibles escaseaban. La distribución de productos de primera necesidad era difícil y el mercado negro no dejaba de crecer con fuerza. Aunque se había logrado la victoria, había que devolver a sus hogares a unos dos millones de antiguos prisioneros y deportados, y desmovilizar a los soldados. Los supervivientes judíos siguieron encontrando antisemitismo y con frecuencia dificultades insuperables para lograr la restitución de sus propiedades. El sufrimiento y la frustración eran generalizados.

La escala del éxito de De Gaulle subió con la decisión de los aliados de tratar a Francia no como Estado colaboracionista, sino como cobeligerante. En contraposición, el régimen al que los franceses habían dado la bienvenida en 1940 fue un sonoro fracaso. Vichy, en efecto, fue una vuelta de tuerca más en la larga guerra civil que se había iniciado en 1789. La etapa había comenzado con la crisis económica de los años treinta y el establecimiento del Frente Popular y el régimen de Pétain de Vichy fue el punto culminante. Era la última de las crisis que se sucedieron entre 1914 y 1945 y que dan al periodo su unidad esencial. Con ella finalizaba una larga época de estancamiento económico y social. En claro contraste, las siguientes tres décadas, las *trente glorieuses*, serían de crecimiento económico sostenido y de transformación de la sociedad francesa.